S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

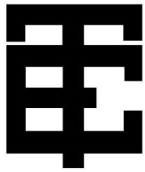
¡MUERTE FOSFORESCENTE!

JOHNNY GARLAND

Pero eso ya lo sabía él. No desesperaba por ello, simplemente, sentíase algo preocupado, mientras aferraba la culata alargada y cilíndrica de su roja pistola de «cápsulas de disparo en vacío», especialmente diseñada por las armerías terrestres para los servicios policiales en mundos sin atmósfera, en posibles choques flotando en el vacío, y lances similares.

Lo malo, como ocurre siempre que surge un notable avance técnico para la Policía, es que también los enemigos de la Ley disponen de tales armas. Y ellos eran seis, no tenían nada de compasivos…, y en su victoria se cifraba su única esperanza de salir libres y con vida.

Esa victoria de su media docena de enemigos, desgraciadamente, sólo podía alcanzarse matando al solitario contrincante que tenían ante ellos. En resumen: a Nelson Miller.



Johnny Garland

¡Muerte fosforescente!

Bolsilibros:
S. I. P.
(Spacial International Police) - 39

ePub r1.0
LDS 23.03.19

Título original: *¡Muerte fosforescente!*
Johnny Garland, 1960
Cubierta: Ayné
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

MUERTE FOSFORESCENTE

MUERTE FOSFORESCENTE

CAPÍTULO PRIMERO

LAS VACACIONES DEL AGENTE MILITAR

La situación no era precisamente cómoda para Nelson Miller.

Pero eso ya lo sabía él. No desesperaba por ello, simplemente, sentíase algo preocupado, mientras aferraba la culata alargada y cilíndrica de su roja pistola de «cápsulas de disparo en vacío», especialmente diseñada por las armerías terrestres para los servicios policiales en mundos sin atmósfera, en posibles choques flotando en el vacío, y lances similares.

Lo malo, como ocurre siempre que surge un notable avance técnico para la Policía, es que también los enemigos de la Ley disponen de tales armas. Y ellos eran seis, no tenían nada de compasivos…, y en su victoria se cifraba su única esperanza de salir libres y con vida.

Esa victoria de su media docena de enemigos, desgraciadamente,

sólo podía alcanzarse matando al solitario contrincante que tenían ante ellos. En resumen: a Nelson Miller.

La luna podía ser hermosa vista desde la Tierra, en una noche de plenilunio, aun en el materialista siglo XXI. El hecho de que el hombre hubiera conquistado ya el astro nocturno no quitó a la pálida y mítica figura esférica de Selenio su mágico encanto, su influjo sobre los enamorados y los que amaban las noches claras y melancólicas. La Ciencia, fría y mecánica, no había vencido aún a la Poesía. Y Miller se alegró muchas veces de eso.

Ahora miraba a la blanca compañera nocturna de la Tierra, con muy distintos sentimientos. Casi con odio.

El paisaje lunar se extendía ante él como una sábana inmensa y rugosa, sometida a la refracción solar en la Tierra. En aquel instante era el planeta el que parecía ser un gigantesco satélite de la Luna, flotando en brumas azuladas sobre el negro espacio sin oxígeno.

Las botas gravitatorias del agente Nelson Miller, de la «Space International Police» se ahincaban con fuerza en la polvorienta superficie lunar, bañada de claridades lívidas y fantásticas. Ante él, un accidente del terreno volcánico, frío y yermo desde miles de años atrás, le servía de refugio contra los frecuentes impactos de las «cápsulas de vacío» enemigas, aquellos malditos proyectiles ideados para ser disparados a través de un espacio sin presión atmosférica, sin aire ni resistencia gaseosa alguna.

También sus disparos se estrellaban, invariablemente, en los contornos rocosos, agrestes y helados de unos montículos atormentados, extraños, tras los cuales se parapetaban los contrarios.

Más allá, millares de volcanes, unos producidos por meteoros que debieron martillear la Luna como titánicos proyectiles espaciales, y otros por antiquísimas convulsiones volcánicas, se extendían a lo largo de millas y millas de terrenos estériles y muertas. El horizonte lo cerraban las cumbres duras, pétreas, de hasta cuatro y cinco millas de altura. Que en proporción a las medidas lunares resultaban muy superiores a las terrestres.

Un hermoso paisaje. Un mundo asombroso, blanco y diáfano. Un mundo sin gases, sin brumas ni nubes. Sin vegetación, sin agua, sin seres vivos, excepto los colonos terrestres que residían en las Bases Lunares.

Pero cualquier ser viviente, capaz de ayudar a Nelson Miller en su grave situación actual, se hallaba demasiado lejos para ello. Allí, a poca distancia de donde tenía lugar el duelo a tiros el camión oruga utilizado por Nelson para perseguir a los delincuentes siderales desde Base
Luna-Seis,
reposaba, inutilizado por una certera carga corrosiva que dispararan los hombres de Larkin, «El Selenita».

—¡Escucha, polizonte! —aulló la voz de Larkin en aquel momento, llegando hasta los oídos de Nelson a través de los «repetidores» auditivos de su escafandra transparente y esférica, dotada de «antena de vacíos»—. ¿Nos puedes oír bien?

—Demasiado bien —respondió serenamente Nelson, mientras comprobaba la carga de su pistola. Aún tenía cinco proyectiles. Muy pocos para seis enemigos. Pero acaso suficientes todavía, mientras Larkin no lo sospechara—. ¿Qué quieres ahora, Larkin?

—Estás solo y acorralado, amiguito —rió el truhan, desde detrás de los montículos lunares—. Tus compinches de la SIP están muy lejos para venir a sacarte las castañas del fuego, ¿no te parece?

—El brazo de la Ley es muy largo, Larkin.

—Pero ahora se te ha quedado corto, hijito —dijo el otro, con sarcasmo—. Será mejor que tires tu arma y te rindas. Seremos buenos chicos contigo. Después de todo, no tenemos nada contra ti. La SIP te paga por jugarte el pellejo. Y si nos atrapases, ¿qué ganarías? Probablemente nada. No tenemos la cabeza a precio.

—Las ratas son demasiado miserables para tener precio, Larkin. Y eso sois vosotros. Ratas hediondas, que cometen canalladas como las que hicisteis en África del Norte y en Oriente Medio, vendiendo drogas venusinas que producen la locura a quienes se aficionan a ellas. Como en la Base
Luna-Dos,
robando los víveres y licores a la población civil colonizadora, y poniendo en peligro estúpidamente a un millar o dos de vidas… O hurtando equipos refrigerados de los expedicionarios a las regiones iluminadas por el Sol, que provocaron la muerte de dos hombres, y heridas gravísimas, por fuego solar, a otros varios. Todo eso, Larkin, es cobarde y rastrero. No os libraréis de un buen escarmiento cuando os llave a la Tierra conmigo.

Larkin soltó una áspera carcajada.

—¿De veras piensas seriamente hacer tal cosa, polizonte necio? —farfulló, altivo—. ¿Tú que éstas sólo frente a todos nosotros y sin la menor esperanza, no ya de darnos casa, sino ni siquiera de salir con vida de ese parapeto?

La mente de Nelson Miller trabajaba rápidamente. Estaba haciendo un audaz cálculo mental. Sabía que, por mucho que le irritase, Larkin tenía toda la razón. Si alguien había en inferioridad decisiva allí, ese alguien era él. Pero si pudiera salir de aquella zanja, alejarse en busca de una mejor posición…, todo sería muy distinto.

Tal vez aquel diálogo grotesco, entablado por el gran fanfarrón engreído que era Larkin, «El Selenita», fuera su oportunidad. Su única oportunidad. Todo dependía de que fuera capaz de hacer lo que pretendía. Una idea demente y peligrosísima. Pero mucho más peligroso e igualmente loco era permanecer en aquel agujero, esperando que ellos le cercaran de verdad, cogiéndole por la espalda, o que las balas se le agotasen y los truhanes jugaran con él al tiro al blanco, antes de enviarle al infierno, desde la Luna, en pasaje directo y sin regreso.

—No sólo lo pienso, Larkin —comenzó a decir, para ganar el tiempo preciso. A medida que hablaba iba desenroscando los tornillos de seguridad de su escafandra o casco transparente de plástico blindado y hermético—. Estoy completamente seguro de que muy pronto estaréis todos cazados y bien aseguraditos. Sois carroña, de la que no sabe salir del atolladero donde su mala cabeza les mete.

—No, ¿eh? —Gruñó Larkin, mientras ya Miller se soltaba el último tornillo, y la escafandra quedaba lista para, con unos rápidos giros sobre su rosca prieta, extraerla del traje espacial color azul y plata que vestía el agente—. ¡Pues vas a ver de lo que soy capaz! No tengo mucha prisa, ¿sabes? Nosotros tenemos comida, líquidos y provisión de aire. Sobre todo, provisión de aire. A ti no te quedarán más de treinta minutos de duración en los depósitos, según mis cálculos.

Miller contempló el indicador de su muñeca. El endiablado Larkin no era precisamente tonto. Había agotado doscientas setenta unidades de aire comprimido. Una unidad tenía la duración media

de un minuto. Treinta unidades, que restaban la total duración de cinco horas de cada depósito espacial, no sobrepasarían la media hora, ciertamente.

—Puede ser que te equivoques, Larkin —dijo con calma, en tanto desenroscaba la escafandra con cautela, para no producir ruido. Una vez logrado, esperó. Dijo, con tono normal—: Pero, aun así, me sobrarían minutos. Os daré caza, mucho antes…

Una carcajada de Larkin acogió su fanfarronada. Luego, el bandido se dedicó a enumerar los factores en contra que tenía para lograrlo. Miller los conocía sobradamente. Pero dejó hablar a Larkin. Entre tanto hizo una profunda inspiración y se arrancó la escafandra, con los pulmones llenos de aire.

Se encontró con la cabeza expuesta a la mortal ausencia de oxígeno de la Luna, Depositó la escafandra de plástico en unas rocas cristalinas. Dentro, el microvoz recogía el sonido de las palabras de Larkin. Aparentemente, el portador de la escafandra estaba allí todavía. El «radar» personal de cada equipo de sus enemigos estaría detectando la posición de la antena. Mientras tanto, Nelson Miller, como un buceador en el fondo del mar, avanzaba deslizándose pegado al suelo lunar, tras sus rugosidades, que le ocultaban a los enemigos…, pero con la cabeza al descubierto, sin poder respirar aire cuando agotara la reserva de sus poderosos pulmones. Y éstos tenían su límite.

También corría el peligro de que Larkin le preguntara algo y su mutismo le hiciera sospechar una jugarreta, poniéndole sobre aviso. De su audaz plan, solamente la rapidez y la sorpresa podían dar el resultado positivo esperado.

Jamás en toda su vida corrió tanto y tan difícilmente, para no dejarse ver tras los accidentes del suelo blanco y polvoriento, para no levantar cenizas lunares que acusaran su presencia.

Rodeó por completo el claro donde tenía lugar el combate, llegó a espaldas de los forajidos, en menos de veinte segundos. Exhalaba el aire viciado por su nariz, evitando perder más oxígeno del estrictamente inevitable.

Apretó con fuerza la pistola de vacío. Se irguió. Lentamente ahora. Sin producir ruidos, que la ausencia de atmósfera evitaba propagar, pero que los ultrasensibles equipos auditivos de los trajes del espacio difundirían rápidamente a oídos de los bribones.

Les vio ante él. De espaldas todos. Con sus trajes grises del espacio, sus pesados zapatos gravitatorios, que neutralizaban la menor gravedad lunar, adaptando el cuerpo humano a la ligera atracción del satélite, y evitando así los fenómenos de la diferencia de peso. Estaban bien armados, y Larkin gesticulaba al hablar, al parecer requiriendo una respuesta urgente. Su rostro congestionado y ancho gesticulaba dentro de la escafandra.

Nelson Miller avanzó unos pasos. El polvo lunar se arremolinó, denso y pesado, en torno de sus piernas, cuando se movió. En sus pulmones, la reserva de aire se agotaba por momentos.

No podía hablar; mucho menos, por tanto, gritar. Recurrió a un disparo de su pistola de vacío. La cápsula salió con un estridente silbido, y levantó esquirlas en la roca lunar, junto a Larkin, tras haberle arrancado de las manos la potente pistola ametralladora que empuñaba.

Larkin se revolvió con un chillido de estupor y de ira. Sus hombres, también. Miller les amenazó con su arma, e hizo un gesto con su mano izquierda, reclamando la rendición. En la duda rápida del grupo de bribones, uno trató de resolver la situación por su cuenta.

Levantó un rifle de proyectiles de vacío, para derribar al enemigo que tan inesperadamente surgía tras ellos.

Miller estaba agotando sus reservas de oxígeno.

Pero Miller fue más rápido que él. Disparó de nuevo. El proyectil le alcanzó en pleno corazón, evitando el disparo que pudiera haber sido mortífero para él. El bandido, fatalmente alcanzado, osciló, se dobló con un estertor, y cayó a los pies de sus compañeros, inerme.

El gesto de la faz demudada de Miller habló bien claramente a los hombres. Larkin leyó en sus ojos la muerte. Estaba dispuesto a morir matando. Y Larkin y su gente distaban mucho de ser valerosos. Toda su seguridad cuando tenían a su favor el total de posibilidades de victoria, sufría un rotundo quebranto a la menor contrariedad.

—¡Soltad las armas! —aulló Larkin—. Ese perro agente del SIP nos ha cazado. No sé cómo diablos se ha jugado la vida así, pero lo ha hecho…

Soltaron las armas, que cayeron al suelo, levantando polvo grisáceo. Miller exhalaba ya las últimas reservas de aire

almacenadas en sus pulmones. Sentía latir con fuerza sus sienes, y la visibilidad no era perfecta en sus ojos.

Pero disimuló todo eso muy bien. Hizo un gesto enérgico a uno de los bandidos, señalándole el cadáver del hombre a quien tumbara él, y señaló su cabeza. El otro asintió, pero no pareció dispuesto a ayudarle.

Miller no vaciló. Nunca lo hacía en momentos de vida o muerte. Ni él, ni ningún agente del SIP, fuese quien fuese. Disparó sin contemplaciones. La bala de vacío pasó junto a la escafandra del reacio, haciéndole dar un respingo.

Rápido se apresuró a obedecer ahora, y se inclinó, soltando la escafandra transparente de su camarada. Con ella en las manos, corrió hacia Miller, que esperaba a pie firme, gracias a un poderoso dominio de sí mismo, ya que la asfixia por la prolongada permanencia sin aire en el muerto mundo lunar, empezaba a surtir sus temibles efectos en él.

Llegó la escafandra con el tiempo justo. Había pensado utilizar la suya propia, con lo que el riesgo aún hubiera sido mayor. Pero contando con la del bandido, no querría correr más peligro de morir asfixiado.

Miller tomó la escafandra de manos de su enemigo, sin perderles de vista. Se la ajustó, sin preocuparse de asegurar los tornillos momentáneamente. Con verdadera avidez, aspiró el aire puro, comprimido, de los pequeños depósitos adheridos a la parte posterior del esférico huevo plástico.

—Muy bien, Larkin y compañía —dijo fríamente ahora, mirando con una sonrisa de triunfo a los aturdidos granujas, agrupados dócilmente bajo la amenaza de su arma—. Ya veis cómo habéis fracasado, a pesar de ser seis contra uno. Ahora, en marcha hacia la Tierra… ¡Vamos ya!

Los bribones echaron a andar ante él, cabizbajos, vencidos, camino de su propio coche oruga, el que siguiera Miller en su desesperada cacería humana. El que les iba a conducir ahora a la Base Lunar más próxima. Y de allí a la Tierra, al juicio por sus delitos.

Una vez más, un agente especial de la SIP había cumplido con su deber. Audaz, abnegadamente. Como era norma en los hombres de aquel Cuerpo ejemplar, árbitro de la Ley y el Orden en la Tierra y

en los espacios siderales conquistados por el ser humano…

* * *

—Ha sido una magnífica proeza, agente Miller. Seis delincuentes peligrosísimos que podían haber sembrado el terror y la angustia en las colonias terrestres en la Luna.

—Gracias, señor —declaró sencillamente Miller—. Yo solamente luché a mi modo, recordando los postulados de nuestro Cuerpo. Lo demás lo hizo la fortuna, el azar; acaso la propia razón de quien defiende la Ley, no sé…

—Usted es canadiense, ¿verdad?

—Sí, señor Callowan. De Ontario. Recordará que el último delito de la cuadrilla de Larkin, en la Tierra, fue en Ankara. Y de allí se dirigieron en el «atomrocket» regular a la Luna, desapareciendo su rastro a partir de la Estación Luna-Término.

—Lo sé. Usted se encontraba entonces en Ankara, con motivo del robo de los diamantes marcianos. Y siguió a los bandidos en un «rocket» particular.

—Sí, señor. Turhan Alí, un multimillonario turco, me cedió su «rocket» privado, mucho más veloz que el regular, y aún llegué a tiempo a la Luna, pero ellos desaparecieron en la Estación Término lunar, como le dije, y me costó algún tiempo localizar su rastro. Para entonces habían cometido ya diversos delitos en las Bases de la Luna.

—Sin embargo, lo importante es que logró dar con ellos. Y, con riesgo de su vida, consiguió capturar a tan peligrosos delincuentes. Le felicito sinceramente, agente Miller. —Donald Callowan, jefe supremo del SIP, se retrepó cómodamente en la butaca de su despacho en Washington, y sonrió a Nelson Miller a través de la nube azul y aromática de su grueso cigarro—. Siempre espero lo mejor de mis agentes. Pero tal vez deba reconocer que no esperaba tanto de usted, muchacho. El caso era duro y difícil.

—Sus elogios me emocionan, señor. Sin embargo, todo fue normal. Un hombre de la SIP ha de jugarse siempre él todo por el todo. Ocurra lo que ocurra.

—Ése es mi espíritu, muchacho —asintió con su gesto más radiante Callowan—. Y me gusta que mis hombres lo reflejen tan

maravillosamente. Solamente así, la armonía maravillosa que Dios vertió en la Creación puede mantenerse en la medida de las pobres fuerzas humanas, sin que la conciencia nos remuerda jamás por aquello que dejamos de hacer.

—Cierto, señor Callowan. Espero servir siempre a la SIP de igual forma.

—Yo también lo espero de usted, agente Miller —le estudió con expresión pensativa, entornando sus metálicos ojos penetrantes—. Pero no antes de un mes.

—No le comprendo, señor.

—Tiene usted un mes de vacaciones, dijo. Un mes de total libertad, concedido por la SIP, para que disfrute de un merecido descanso con sus familiares e íntimos.

—Agradezco el favor, señor. Siempre tuve deseos de disfrutar de unas vacaciones…, aunque no tengo familiares ni íntimos de ninguna clase.

—¿No? —Callowan, sorprendido, estudió a su subordinado. Desde las largas, musculosas piernas, hasta los anchos hombros, el cuello atlético, la faz firme, de acusadas mandíbulas, mentón enérgico, nariz recta y ojos de un gris acerado, bajo el cabello oscuro y encrespado—. ¿Ni padres, ni hermanos…, ni novia?

—Nadie, señor —sonrió Miller.

—Bien. ¿Y qué hará, entonces, con sus vacaciones?

—Siempre ha sido mi sueño poder realizar algo de turismo interplanetario. Ya que vivimos la Era de los mundos y del espacio exterior, señor Callowan, me gustaría olvidarme por un tiempo de que soy policía, y viajar como los demás. Tomar fotografías, vivir en hoteles espaciales, ocupar una plaza en un aerocohete de línea… Todo lo que hacen los demás turistas en su época de descanso.

—Entonces, muchacho, lo tiene concedido. Hoy mismo puede empezar su vida de alegre turista. ¿Ya tiene decidido adónde irá primero?

—Sí, señor. A Marte…

CAPÍTULO II

RASTRO LUMINOSO

da Kent cerró el bolso, después de pintarse ligeramente los labios con la barra y guardarla en su interior.

—¿Alguna cosa más, profesor Hoffman?

Kurt Hoffman, profesor de Física Nuclear de la Universidad Central de la Federación Científica Europea, y primer Consejero del Estado Británico en Investigaciones Planetarias, denegó lentamente con su blanca, orgullosa cabeza.

—No, gracias, señorita Kent. No necesita perder más tiempo por mi culpa. Corra al espaciódromo y tome su cohete. Sé que está deseándolo.

—Eso es cierto, profesor —ella sonrió, ligeramente avergonzada —. Gracias…

—Vamos, criatura, deje de darme las gracias. Sé lo que es la

juventud —el profesor Hoffman cerró su cartera de piel con cuidadosos y lentos movimientos, repleta de apuntes—. Le deseo sinceramente un feliz futuro.

—Por Dios, profesor. No parece sino que fuera ésta la última vez que nos veamos.

—¿Y por qué no había de serlo en realidad? —Él hizo un gesto de vaga conformidad, pero sus ojos reflejaban irritación, decaimiento—. Usted va al encuentro de su amor, de su vida sentimental… Tal vez se quede en Marte para siempre, señorita Kent.

—¡Oh, eso no! Usted sabe que, una vez pasada la luna de miel, volveré. No dejaré el trabajo a su lado. Para mí, esta tarea es media vida.

—Mi Querida muchacha, para su esposo, esta tarea no será nada. Y él sí será media vida para usted… o la vida entera. Creo que, desgraciadamente, pierdo mi secretaria y auxiliar directa para siempre.

—Profesor, usted sabe que mi matrimonio con Sver nada alterará las cosas. Yo seguiré debiéndome a mi profesión, a mi amor por el trabajo actual, y a mi fidelidad hacia usted y su obra.

—Sí, estoy seguro de que piensa así, hijita —suspiró lentamente —. Pero no siempre se mantienen hasta el fin los pensamientos. La profesión de casada, el amor por el esposo y la fidelidad al lazo conyugal, pesan más que todo cuando usted ha citado antes.

—Profesor, yo le repito que…

—Está bien, está bien —rió suavemente Hoffman—. Vamos a suponer que todo ocurre así. Sería demasiado hermoso para mí… pero lo daré por sentado. Entonces, señorita Kent… hasta pronto.

—Hasta pronto, profesor —se inclinó. Impulsivamente, estampó sus rojos y carnosos labios en la frente rugosa, amplia, noble e inteligente del científico alemán, avecindado en Londres—. Y que Dios le bendiga…

Salió apresuradamente. Lo último que se vio fue el flamear de su roja melena y el remolino de su amplia falda azul en torno a las bonitas piernas. En seguida se percibió claramente su taconeo rápido, apresurado, juvenil, escaleras abajo.

Kurt Hoffman sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego, mecánicamente se tocó la frente, allí donde la joven le

besara.

Estaba emocionado.

—Diablo de criatura —musitó—. Es la muchacha más bonita, tierna y femenina que vi jamás. Si yo hubiera tenido treinta años menos, ese tonto adinerado de Sver Talman no se la hubiera llevado a sus pantanos de Marte, a vivir la dura existencia del colono, en un mundo todavía sin domeñar… Pero, en fin, esperemos que al menos sea feliz. Aunque sé que nunca… nunca volverá…

Se incorporó lentamente. Desde el muro, un retrato suyo, del artista Hayaward, le sonrió con su propia cara unos años más joven. Kurt Hoffman se contempló allí, con el edificio de Investigaciones Planetarias como fondo.

Su mente se ensombreció de súbito, al clavarse en un diploma situado al lado del retrato. Era un recuerdo sentimental, ligeramente amarillo por el tiempo, pese a estar impreso en plástico refractario al fuego e irrompible a la acción de los años. La fotografía de cinco hombres. Él era uno de los cinco.

Y encima, unas letras de adorno, anunciando:

«AÑO 1981. RECUERDO DE LA REUNIÓN DS "LOS CINCO". LA HAYA».

Había sido una fecha histórica. «Los Cinco» redactaron las normas internacionales político-científicas, para una justa posesión humana del espacio exterior. Luego, otros estadistas lo habían ido redondeando. Pero suya fue la idea. Y suya la mejor labor.

Pensó si, tal vez en breve, todo se iba a ir a rodar por una traición. Por una incalificable y torpe traición.

Pero él, uno de «Los Cincos», cuidaría de que eso no ocurriera. Revelaría muchas cosas ocultas, cenagosas y turbias, en el Consejo especial que se reunía aquella noche en la Cámara Superior del Instituto de la Federación Científica Europea.

Miró su reloj. Eran ya las ocho y media. Tendría que correr si quería llegar a tiempo. A las nueve menos cuarto estarían todos en la Cámara, pese a que la Junta no se abría hasta las nueve en punto.

Y él siempre era de los primeros. Aborrecía la idea de llegar tarde…

De súbito, le asaltó un temor. Era algo indefinible, algo que el propio profesor Hoffman no se podía explicar. Pero que le invadió como un estado febril, produciéndole escalofríos.

Rápido, tomó su carpeta y se encaminó a la parte posterior da su despacho. Allí tenía su cámara archivadora, cerrada a todo el mundo, salvo a Ada Kent, su secretaría leal y eficiente colaboradora.

Debía de haberlo hecho antes, pensó para sí. Pero aún estaba a tiempo de tomar sus precauciones. Y las tomó.

Abrió la carpeta, y de ella extrajo un legajo especial, a base de varios documentos en papel plástico, ligados con una banda azul. Los soltó. Puso en funcionamiento la cámara ultrarrápida, incrustada en el mueble metálico del archivo. Luego, con vertiginosa rapidez, fue situando documentos ante el objetivo y fotografiándolos. Eran perfectas y fidelísimas fotografías en color, positivadas y reveladas automáticamente, que estuvieron listas dos minutos después.

Las manos febriles del profesor Kurt Hoffman, de ordinario tan frías y pausadas, recogieron las reproducciones al salir por una ranura automática, y se apresuró a guardarlas en un sobre. Cerró éste, y escribió en él un nombre y una dirección:

Srta. ADA KENTE TALMAN PLACE. COLONIA MARTE ONCE. LLANURA DE PANTANOS GRISES. PLANETA MARTE.

Después, el abultado sobre fue franqueado e introducido en la ranura del buzón privado. Aquel sistema de correo trasladaba todo cuanto engullía a la Central de Correos, por medio de bandas automáticas. De allí llegaría pronto y con seguridad a Marte.

Hoffman respiró aliviado. Si algo le ocurría antes de lograr desenmascarar la traición que él —y solamente él—, conocía, Ada Kent era lo bastante Inteligente, soltera o no, pera revelar lo que sucedía a la SIP, o Space Internacional Police.

Más tranquilo, abandonó el gabinete de archivo. Lo cerró con cuidado, y se encaminó a la lámpara de su mesa despacho, cerrando la luz con un giro el interruptor.

Entonces percibió el susurro.

Alarmado, alzó la cabeza. Estaba solo en la casa, desde la marcha de Ada Kent. ¿Qué o quién podía producir aquel extraño susurro en la habitación contigua, antesala de su despacho?

Hoffman miró con aprensión hacía la puerta a medio cerrar. Instintivamente, apretó contra sí la cartera con los preciados documentos. Tenía el tiempo justo para llegar a la Junta.

Pero aquel sonido… Tenía algo de ominoso, de inquietante. Y se estaba acercando a la puerta.

Recordó que tenía un arma en el cajón de su mesa de trabajo. Parecía ridículo pensar en un peligro. Pero Hoffman recordó que lo que él sabía, podía muy bien justificar un acto desesperado… si «el otro» también sabía.

Rodeó la mesa, mientras el susurro aumentaba, resultando ya de una horrible intensidad y aproximación. Abrió el cajón de golpe, cerrando los dedos en torno a la culata de una pistola pequeña pero de moderna factura y potentes proyectiles rompedores.

Se volvió vivamente hacia la puerta de comunicación con la antesala. No encendió la luz, esperando así tener una ventaja sobre quienquiera que viniese del exterior. Alzó el arma, con mano firme.

La puerta de comunicación con la antesala, entreabierta solamente, y dejando filtrar una rendija de luz, empezó de pronto a moverse.

Se estaba abriendo.

Hoffman abrió los ojos, realmente asustado. Aún no veía a nadie, pero la hoja de madera iba cediendo. Pulgada a pulgada, moviéndose hacia atrás para dejar paso a alguien…

Alguien que, de súbito, se mostró ante la mirada dilatada, llena de horror, de Kurt Hoffman.

Un ronco gemido de espanto brotó de labios del profesor. Se tambaleó, retrocediendo. Su dedo oprimió el resorte de disparo e hizo fuego.

Pero el proyectil, muy desviado, no tocó a nadie.

Hoffman siguió retrocediendo, invadido por el miedo y la angustia. Un segundo disparo tuvo igual fortuna que el anterior…

Y él retrocedía… retrocedía… con el rostro lívido reflejando el terror ante la Muerte.

La Muerte que acababa de entrar en su despacho…

* * *

Ada Kent recordó de repente su pequeña cámara tomavistas.

La había adquirido con mucha ilusión, para captar las bellezas de Marte y retenerlas para siempre. Así, si algún día regresaba a la Tierra definitivamente las imágenes marcianas, los paisajes y seres, la naturaleza toda del enigmático mundo rojo, recién empezado a colonizar, quedarían para siempre con ella, formando parte de una galería de fantásticos recuerdos. Algo por lo que muchos seres de varias generaciones atrás, cuando pisar otros planetas era aún una utopía, hubieran dado años de vida.

Y una cosa tan valiosa para ella como era la pequeña cámara, había quedado allí olvidada.

No vaciló. Aún tenía tiempo de tomar el aerocohete a Marte, de las Líneas Regulares. Y si lo perdía, siempre tendría como recurso el vehículo espacial, que saldría dos días más tarde, con destino a Júpiter, y que tenía escala en Marte.

Volvió en redondo su pequeño turbomóvil y regresó apresuradamente a la casa que había abandonado apenas un cuarto de hora antes.

Ella no podía saber entonces que la cámara tomavistas, aquel regreso brusco e inesperado iba a significar más, muchísimo más de lo imaginable, para su futuro. Allí mismo quedó marcado su destino.

Pero Ada Kent no tuvo la menor sospecha de ello.

Cuando llegó a casa del profesor, se preguntó si éste habría salido para asistir a la junta de aquella noche. Sabía que se reunía con sus cuatro viejos colegas y camaradas, los profesores Lindstrom y Rahn, y los doctores Dmytrick y Engel. La Sociedad de «Los Cinco» en pleno.

El edificio entero parecía desierto, Pero Ada descubrió luz en el tragaluz circular de la antesala, en el segundo piso de la vivienda.

Sonrió. Aún llegaba a tiempo.

Entró, encendiendo la luz del «*living*». Ella tenía su llave, por lo que no precisaba llamar al profesor. Llegó al piso alto y alcanzó la antesala. A sus espaldas iba dejando una hilera de estancias y corredores iluminados. A Ada nunca le gustó recorrer una casa a oscuras. Detestaba las sombras y el silencio.

La antesala estaba iluminada, pero totalmente desierta. Bajo la fuerte luz azul del techo, le apareció la alfombra bastante arrugada, revuelta, como si alguien la hubiera pisoteado al cruzar.

Resultaba sorprendente, teniendo en cuenta la pulcritud del profesor. La alisó cuidadosamente. Luego, se acercó a la puerta del despacho, abierta de par en par.

La luz del gabinete estaba a oscuras. Ada recordó haber dejado la cámara en la repisa del hogar, al fondo de la sala. Y el despacho de Hoffman no tenía otra Luz que la de la mesa, accionada desde allí mismo.

Entró en el despacho. Iba a cruzarlo, cuando se detuvo, sorprendida. Sus ojos estudiaron el suelo con extrañeza.

Vio un surco, un rastro fosforescente que cruzaba la habitación, despidiendo una luminiscencia verde en la oscuridad. El surco avanzaba en línea recta hacia la mesa, y tenía cosa de un palmo de anchura o poco más.

Lo siguió, intrigada, pisando junto al rastro luminoso. Vio una de las butacas metálicas, con asiento de espuma, volcada al paso de aquel reguero fosforescente.

Ada no se detuvo. Continuó la marcha. Frente a la mesa, el reguero de luz describía una curva, rodeaba el mueble, para terminar de súbito en algo caído en el suelo.

La mano trémula de Ada Kent giró el interruptor. La luz llenó la estancia, borrando el rastro luminoso.

Un grito de vivo horror escapó de los labios de la joven. Retrocedió, tambaleándose aterrorizada por lo que veía.

Lo que yacía en tierra era un cuerpo humano. El del profesor Hoffman.

Estaba muerto. Al parecer, de una muerte natural, repentina. Sin violencias ni sangre. Yacía apaciblemente, tendido de bruces sobre la alfombra de plástico.

Pero su rostro crispado, con la lividez de la muerte, los ojos desorbitados y vidriosos, con una expresión de terror infinito petrificada en ellos, no hablaba de una muerte apacible precisamente.

Parecía haber estado cara a cara con el más abominable de los horrores. Sin embargo, jamás podría revelar a nadie lo que vio antes de morir…

CAPÍTULO III

VIAJE APLAZADO

El sencillo funeral había terminado.

Ada Kent abandonó la capilla. Vio salir delante de ella al profesor Rufus Rahn y al doctor Wolf Dmytrick. Más allá, completamente solo, iba Nils Lindstrom, el más directo colaborador de Hoffman.

Les estudió a todos con aire reflexivo. Parecían abatidos por la muerte de su colega y compañero. Abatidos y preocupados. Ada, incluso se hubiera atrevido a decir que el solitario Lindstrom reflejaba miedo en su rostro huraño.

—¿Entristecida, señorita Kent? —preguntó alguien a su lado de repente, sobresaltándola.

Se volvió. Con un suspiro de alivio, asintió, al reconocer al doctor Alex Eingel. Su cabello era tan rubio que parecía canoso.

Tenía los ojos muy azules.

—Sí, doctor —confesó lentamente—. El profesor era un gran hombre.

—Ciertamente. Todos hemos lamentado este infortunado suceso. Pero la verdad es que yo le creía más fuerte de corazón.

—También yo. Hoy en día, que tanto escasean esas dolencias, vencidas casi totalmente por la medicina, me resulta extraño que al profesor le fallara el corazón. Sin embargo, el dictamen médico es concluyente.

—Oh, sí. Yo mismo examiné a Hoffman —contestó, Eingel—. Sin lugar a dudas, fue un ataque cardíaco.

Ada comentó con frialdad:

—Lo raro es que al mismo tiempo de sufrir un ataque al corazón, desaparezcan de su cartera de trabajo unos importantes documentos.

—¿Documentos importantes? —Eingel enarcó sus albinas cejas con estupor—. ¿Qué quiere decir con eso, señorita Kent?

—Justamente lo que he dicho. Había unos documentos estrictamente privados que el profesor ligó con una faja azul. Eran muy importantes.

—¿Usted los leyó tal vez?

—No. —Observó la expresión de Eingel, que parecía de repentino alivio, y le estudió con aire de recelo—. ¿Le tranquiliza eso tal vez?

—Es una cuestión que me tiene sin cuidado. Sólo que me ha sorprendido que usted cite ese hecho. ¿Ha informado a la policía tal vez?

—Sí. Pero eso no resuelva nada, puesto que ignoro lo que decían y a lo que podían referirse.

—Entonces… ¿por qué sabe; que eran importantes? —preguntó ladinamente Eingel.

—Se lo oí decir al profesor. Y, además, sólo utilizaba la banda azul para legajos especialmente importantes.

Eingel preguntó:

—¿No pudo enviarlos a alguien o guardarlos en otro sitio, después de partir usted?

—Es posible. Pero no probable. El profesor iba a llevar esos documentos a su reunión con ustedes, en la Cámara.

—Ya. —Eingel inclinó la cabeza, ceñudo—. Resulta raro este asunto.

—Y está el rastro luminoso.

—¿El rastro luminoso? El doctor Eingel expresó auténtico estupor. —Diablo, señorita Kent. Es usted una caja de sorpresas: ¿A qué se refiere ahora?

—Había un rastro fosforescente sobre la alfombra del despacho, cuando yo entré. Tal vea le habría también en otras habitaciones, pero al encender las luces eléctricas, desaparecía.

—¿Ha analizado la naturaleza la policía?

—Ahí está lo más raro, doctor —suspiró la joven—. Cuando la policía ha buscado, cuando ha examinado el lugar con las luces apagadas… no había absolutamente nada. Y según el análisis, ni el menor rastro de fósforo en la alfombra ni en parte alguna.

—Resulta realmente curiosa una desaparición así —sonrió Eingel, escéptico—. ¿Cree de veras que existía ese rastro o fue su imaginación la que…?

—Doctor, mi imaginación no ve cosas raras. Era un reguero luminoso, de color verde. Procedía de la antesala y terminaba jauto al profesor Hoffman. Me pareció algo… siniestro.

—¿Siniestro? ¿Por qué? ¿Relacionado con la muerte del profesor?

—No, no. Aun antes de eso —se estremeció—. Al verlo me produjo la impresión de un desastre, de algo terrible y amenazador, que no sabía lo que era…

—Creo que sus nervios necesitan un descanso, señorita Kent. ¿Por qué no se toma una temporada de vacaciones y procura olvidar la dramática muerte de Hoffman?

—No me cree, ¿verdad?

—Eso no tiene importancia. Tal vez existió ese rastro, no lo sé. Lo cierto es que la encuentro excitable, inquieta. Ahora que se ha quedado sin jefe, puede reposar una temporada, hasta que vuelva a trabajar. Y si quiere hacerlo para mí, aceptaría encantado su presencia como secretaria. Le pagaré más de lo que le diera Hoffman.

—Gracias, doctor Eingel. Pero de momento no necesito trabajar. Además, ahora que el profesor ya no existe, es probable que mis vacaciones se prolonguen más de lo que usted supone. Voy a

casarme.

—¡A casarse! Otra sorpresa…

—La última. —Rió ella—. Mañana tomo la astronave hacia Marte.

—¿Es allí la boda?

—Sí. Mi futuro esposo es un colono terrestre. Nos hemos conocido en un viaje de él y sus tíos a la Tierra. Entonces surgió esto.

—Bien, señorita Kent. —Eingel le tendió su mano en gesto cordial. Sonrió abiertamente—. Le deseo felicidad. Y mi oferta sigue en pie, por al algún día cambia de idea…

—Gracias otra vez, doctor. Adiós.

Ada se alejó. Cuando llegó a su domicilio se encontró un espaciograma, redactado brevemente, pero denotando clara inquietud y angustia. Venía fechado en Marte, la noche anterior:

«Impacientes. “Rocket” de línea llegó sin ti. ¿Qué sucede? Abrazos de mi sobrino. Tu tío, Luth Talman».

Ada sonrió, abanicándose distraída con el despacho de papel dorado. El bueno de tío Luth, un segundo padre para Sver, temía por su suerte. Se apresuró a tomar el televisófono y llamó a Espaciogramas Unión.

Dio el nombre y dirección de Luth Talman. Y dictó su respuesta:

«Llegaré aerocohete “Júpiter”. Sin novedad. Gracias, tío Luth. Besos a Sver. Vuestra: Ada Kent».

* * *

Nelson Miller entregó su billete.

El funcionario marcó su cartulina plástica. Luego, sonrió al agente.

—¿Prefiere el vuelo por la línea de Júpiter? —preguntó.

—Verá, amigo. He llegado hoy a Londres, donde tenía que

resolver unos asuntos, y me han dicho que ésta era la primera astronave con salida para Marte. A mí no me sobran precisamente los días y elegí este vuelo. ¿No es bueno?

—Oh, sí, si —rió el funcionarlo—. Sólo que me sorprende la cantidad de gente que toma hoy este vehículo, siendo mucho más caro y difícil de obtener el pasaje, para quedarse en la décima parte del camino.

—También será mucho más rápido, ¿no es cierto?

—Oh, naturalmente. Es un reactor a fotones. Su velocidad a desarrollar es inmensa, la mayor conocida. Sólo así puede llegarse a Júpiter… si es que realmente merece la pena ir a ese planeta tan horriblemente inhóspito y peligroso.

Evidentemente, al funcionario aquél le gustaba charlar. Miller contestó con un par de monosílabas y siguió adelante, hacia las grandes pistas de despegue, provistas de enormes torres o armazones, en los que se apoyaban los cuerpos metálicos, fulgurantes, de las naves espaciales en turno de salida.

La mastodóntica nave jupiteriana se hallaba en la pista número uno, presta al despegué. Los viajeros formaban una hilera similar a la que forman las hormigas por un sendero, camino de la puerta del vehículo de los cielos.

El interior no se diferenciaba mucho del de los aviones de cincuenta años atrás. Sólo que era más cómodo, amplio y dotado de útiles y Sucesorios de todas clases, y una bellísima decoración. Pantallas individuales de televisión, en cada respaldo da la butaca anterior, permitían al viajero, si éste lo deseaba, seguir las incidencias del fantástico viaje por el espacio, o conectar un buen programa televisado desde la Tierra, indistintamente. La potencia actual de las enormes superantenas de gran alcance, permitía ese milagro sin la menor complicación.

Nelson Miller fue acomodado en su asiento correspondiente, junto a uno de los grandes miradores laterales del aparato. Se le notificó el número de litera que le correspondía, en el compartimento posterior, destinado a dormitorios individuales.

El agente del SIP se acomodó, depositando su montón de revistas y libros en el estante correspondiente. Suspiró con alivio, retrepando el cuerpo en el muelle y blando respaldo de espuma.

—Esperemos que sea un viaje apacible y feliz —musitó para si

—. Es la primera vez que viajaré por el espacio exterior y que pisaré un planeta que no es la Tierra, sin tener que cumplir una misión, sin correr peligros y sin la sombra constante de la violencia y de la inquietud sobre mí. ¡Benditas vacaciones!

Después de todo, estaba justificado que hablase así. Él no tenía por qué saber lo que el viaje feliz le reservaba. No podía sospechar la serie de dramáticas y asombrosas circunstancias que, enlazadas inverosímilmente a su destino, iban a esmaltar lo que empezaba como un simple viaje de placer…

Un hombrecillo chillón, con gruesos lentes de montura plateada, barbita recortada, tan morena como su abundante, cabello, vestido con preferencias estridentes, y exhibiendo un gran alarde de gestos, ademanes y manotees al hablar, entró en el cohete. Reía constantemente, como si sus propias gracias tuvieran realmente un aire chistoso. Nadie reía con él; pero al hombrecillo no parecía importarle demasiado.

Miller suspiró. El tipo ridículo y divertido ocupó un asiento ante él. Si lo que pretendía realmente era llamar la atención por dondequiera que fuese, a despecho de su vulgaridad y su figura, lo conseguía. En cierto modo, eso debía de constituir un éxito personal para él, ya que para Miller toda acuella hilaridad y optimismo eran falsos. Un medio, quizás, de ocultar el auténtico carácter.

Se veía gente curiosa en un viaje como aquél. Habla un hombre fornido, de cabellos color ceniza y nariz aguileña, que parecía dormir. Pero era fingido, porque en una ocasión captó su estrecha mirada de águila fija en él. ¿En él… o en el asiento vacío inmediato? A Miller no le hubiera gustado que el hombre se sentara allí, si estaba el asiento desocupado.

Por ello respiró aliviado cuando una de las azafatas del espacio indicó muy cerca de él:

—¿Asiento 32? Sí, por favor. Sígame… Es ahí.

Él tenía el 34; aquel asiento era el de al lado. Como no alzó la cabeza para mirar a quien se sentaba, se sorprendió al descubrir unas estupendas piernas con malla de nylon, bajo unas faldas cortas, muy útiles para viajar, acomodándose junto a él.

Miller alzó la cabeza. Descubrió a su compañera. Ella le estaba mirando ahora. El joven agente canadiense se vio obligado a sonreír. La respuesta no fue entusiástica, pero sí cortés.

—Hola —saludó Nelson.

—Hola —se limitó a repetir ella, como un eco.

Miller se dijo que era una chica muy prevenida. Su corto traje, de estilo ultramoderno, era en realidad hermético, de material plástico, ceñido a su espléndida y juvenil figura. El cuello, amplio y coqueto, podía transformarse, llegado el caso, en el punto de ajuste para una escafandra espacial.

—¿Veterana en los viajes Interplanetarios? —sonrió Miller.

—No —dijo ella con cierta sequedad. Y añadió, sin mirarle, siquiera—: No me gusta mucho viajar. Ni hablar con los compañeros de viaje.

—Más claro, agua —rió Nelson, sin inmutarse—. Disculpe entonces, señorita. Le deseo un buen viaje.

Ella le dio las gracias, pero Nelson ya no la atendía. Estaba leyendo una publicación ilustrada.

Se avisó a la gente de que en breve se iba a arrancar. Faltaban tres o cuatro pasajeros, pero ya entraban en aquel momento. Era cuestión de segundos quitar la alta escalera de acceso a la torre de despegue. Luego las puertas se cerrarían herméticamente, y el proyectil saldría hacia Júpiter, vía Marte.

El hombrecillo de delante estaba contando chistes de dudoso gusto. Sus risas llenaban el vehículo. Nelson Miller no le miró cuando se puso en pie, tomó su maletín de mano del estante, y comenzó a buscar algo. Tampoco le miró cuando ese algo logró encontrarlo.

Pero acto seguido miró. Acaso fue un sexto sentido. Porque eligió, sin saberlo, el momento decisivo.

El objeto sacado del maletín era una cámara fotográfica. El hombrecillo decía que quería perpetuar aquel momento en que todos ellos, la mayoría por vez primera, iban a dar el gran salto interplanetario.

—Vaya —dijo entre dientes Nelson—. ¿Otro que va a Marte?

Su compañera de asiento le miró, pensativa, sin decir nada. El tipo de delante, erguido ante los asientos, se disponía a fotografiarla. La cámara apuntaba directamente a la joven de las piernas bonitas y las palabras secas.

—Perpetuaré el rostro de la muchacha más bonita a bordo —dijo, riendo—. Tal vez antes de llegar a Marte, podamos celebrar

una fiesta social a bordo, como en un trasatlántico. Entonces la nombraremos «*Miss* Sideral». Por favor, sonría. Será una fotografía rápida. Y verá cómo sale…

Fue entonces cuando coincidió la mirada de Nelson Miller con el movimiento del hombre. Y el joven agente del SIP descubrió en el acto un detalle asombroso en aquella cámara: en vez de objetivo… era el cañón de un arma, negro y profundo, lo que estaba apuntando directamente al rostro de la desconocida.

Bastaría una leve presión en algún resorte… y él alegre viajero de la risa fácil habría lanzado sobre la joven un mensaje cierto de muerte…

—¡Cuidado! —aulló Miller, con la celeridad e intuición, propias de su oficio.

Y, simultáneamente, sin perder un solo segundo, porque cada instante era precioso, dio un empellón brutal, violentísimo, a la joven, desplazándola de su asiento, y derribándola aparatosamente en medio del ancho corredor o pasillo del cohete.

La bocanada de fuego aniquilador se abatió sobre el respaldo del asiento de la joven, desgarrándolo y convirtiendo en pavesas el tapizado brillante y su contenido de espuma plástica.

Luego la cámara giró entre las manos del hombrecillo, en busca de la figura yacente de Ada Kent. Pero ya Miller empuñaba su pistola, que disparó tomando por blanco la falsa cámara del agresor. Ésta se hizo añicos, y el hombre, con un aullido de ira, corrió hacia la puerta de salida del aparato. Miller no se atrevió a disparar, porque dos atemorizadas azafatas, interpuestas en la línea de tiro, hubiesen podido recibir el disparo destinado al fracasado agresor.

—¡Cójanle! —gritó Nelson, incorporándose de un salto, Miró a Ada e interrogó—: ¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, gracias… —jadeó ella, sin aliento casi, mortalmente pálida.

Nelson no esperó a más. Se lanzó a la carrera hacia la puerta de salida del aerocohete, derribando a su paso a otros viajeros que se incorporaban precipitadamente.

Uno de ellos, precisamente el hombre fornido y maduro, de cabellos grises, se había lanzado ya tras del fugitivo. Nelson observó que alcanzaba antes que él la escalerilla metálica de salida y que empuñaba un arma bastante moderna, de proyectiles explosivos.

—¡No dispare! —gritó Nelson agudamente—. ¡Es preciso coger

vivo a ese hombre!

El hombre de pelo gris no le oyó sin duda, porque corría desesperadamente tras del atacante, y de súbito alzó su arma y apretó el gatillo. Nelson no podía hacer otra cosa que disparar a su vez sobre el hombre para impedir que hiciera blanco y matase al asesino.

Su disparo fue certero, como lo eran siempre los de Nelson. No tocó en absoluto al hombre, sino que desintegró, su arma de un balazo corrosivo. Pero aquella bala, infortunadamente, no resolvió nada. Llagó un segundo tarde.

El espontáneo perseguidor del atacante había hecho fuego ya. Su proyectil explosivo estaba en el aire cuándo le destrozó el arma la acción fulminante de Nelson Miller.

Más lejos, ya cruzando como un rayo la pista de despegue, corría el asesino. El estallido del proyectil le alcanzó en la cabeza. Se la destrozó, con una horrible llamarada que mezcló fragmentos de hueso, masa encefálica y metal fundido.

Se abatió como fulminado por una centella. Quedó inmóvil, sin vida en medio de la gran extensión de cemento.

El hombre de cabello gris se había vuelto airadamente, hacia Miller, rugiendo:

—¿Qué ha hecho usted? ¿Por qué disparó sobre mí? ¡Era él el delincuente no yo!

—Quise evitar que hiciera lo que hizo —replicó Miller secamente—. ¿No me oyó cuando le dije que no disparase?

—Claro que no. Pero ese tipo era un asesino. ¿Por qué no iba a disparar? ¿Quién diablos se cree usted que es, para meterse en lo que no le importa?

Miller tuvo un cierto placer infantil en hacer callar al hombre. Exhibió rápidamente su credencial al mismo tiempo que decía:

—Agente Miller, de la SIP. —Miró al hombre con hostilidad—. Y usted ¿quién es?

—Profesor Wolf Dmytrick. —Dijo de mala gana el otro, inclinando la cabeza. Se lamentó—: ¿Quién me dará un arma que supla a la que usted destrozó? Puedo necesitarla en Marte. Son lugares aún sin colonizar. Hay fieras, reptiles e insectos monstruosos que pueden atacarle a uno…

—No se preocupe por eso. Le haré una autorización para que el

Departamento Federal de Colonia Marte le entregue otra similar. Lo malo es que nunca sabremos por qué ese hombre disparo sobre mi compañera de viaje. Tendré que preguntarle a ella quién es.

—Yo se lo puedo aclarar, si gusta.

—¿Usted? —Miller apartó los ojos del cadáver tendido en la pista de cemento, y estudió con renovado interés al hombre de pelo gris—. ¿Le conoce?

—Sí. Es Ada Kent, secretaria particular y auxiliar principal del difunto profesor Hoffman, un estimado colega mío. Por eso he salido en su defensa.

—Ya. —Miller frunció el ceño—. ¿Hoffman es el hombre que murió en su despacho súbitamente, y de quien Ada Kent ha referido a la prensa y televisión cierta historia no confirmada de un rastro luminoso?

—Sí. Naturalmente, Hoffman murió de muerte natural. Y no comprendo cómo ha podido suceder esto…, a menos que ese criminal confundiera a su víctima…

—Dudo mucho de que fuera ése el caso. Parecía muy seguro del lugar a donde disparaba. —Su miraba siguió estudiando a Dmytrick —. ¿Le unía a usted alguna relación directa con Hoffman, aparte ser colegas?

—Sí. Pertenecíamos, ambos a la Sociedad Científica de «Los Cinco». Cualquiera puede decírselo. Pero esta coincidencia en el viaje con la señorita Kent es casual.

Nelson asintió, mientras volvía al interior del aerocohete gigantesco, a punto de salir hacia Júpiter, lo que haría con cierta demora sobre el horario previsto, a causa del dramático suceso.

Pensó que tal vez porque cualquiera podía decirlo, el profesor Dmytrick había revelado su relación con Hoffman. También se preguntó si sería cierto que su coincidencia en el viaje con Ada Kent era totalmente casual.

Y puesto a preguntarse cosas raras, Nelson se interrogó a sí mismo:

—¿Me habrá oído cuando le avisé que no disparase… y, a pesar de todo, lo hizo?

CAPÍTULO IV

SOSPECHAS

o sé cómo darle las gracias, señor. Me salvó usted la vida, y con una oportunidad realmente increíble.

—Oh, no se preocupe demasiado por eso —sonrió Nelson—. Su única importancia estriba en que llegara a tiempo. Son cosas que penden de un hilo. Si se falla, todo está perdido.

—Por eso tiene para mí la mayor importancia, señor…

—Nelson Miller —informó el joven—. No necesita decirme su nombre. Sé cuál es, señorita Kent. —¿Se lo dijo Wolf Dmytrick?

—Sí. —Kent estudió a la joven—. ¿Le conoce? —Claro. Era colega de mi jefe, el profesor Hoffman. Y fue colaborador suyo, en una Sociedad científico-política de gran trascendencia universal.

—«Los Cinco», ¿no? Su amigo Dmytrick me lo dijo. ¿Qué tal es ese hombre?

—Un científico. Como tal, frío y poco hablador. Nos hemos tratado poco. Yo, en realidad, tuve escaso contacto con los miembros de esa Sociedad. El doctor Alex Eingel y el profesor Rufus Rahn fueron los que tuvieron más relación conmigo. Dmytrick y el sueco Lindstrom son muy herméticos y taciturnos.

—¿Nils Lindstrom, el famoso investigador geológico de las expediciones a Venus?

—Eso es. «Los cinco» eran lo más selecto de la Ciencia y de la Política Interplanetaria actual. Ahora supongo que seguirán existiendo como «Los cuatro». Pero se notará la ausencia de Hoffman. Era un gran hombre. Un cerebro notable y un gran espíritu.

—Sí, oí hablar de él. Dígame, señorita Kent, ¿a qué atribuye usted el atentado de que ha sido víctima?

Ella se encogió de hombros, perpleja. Parecía más interesada en contemplar la negrura del espacio exterior, tachonado de astros fulgurantes en la distancia, a través de los grandes visores laterales de la astronave, que en imaginar las razones de su reciente y peligrosa experiencia.

—No sé. Quiero imaginar que era un loco, uno de esos raros maniáticos que se dedican a asesinar mujeres. La especie va escaseando. Pero siempre queda algún ejemplar peligroso.

Nelson Miller reflexionó. Los suaves ruidos de los viajeros, moviéndose en el interior de la nave interplanetaria, apenas si molestaban. En cuanto al estruendo de los poderosos reactores a fotones, capaces de propulsar el aerocohete a velocidad increíble en el vacío, estaban aislados del interior de la nave por un sistema especial de amortiguamiento.

—Es una explicación demasiado fácil, ¿no cree? —opinó.

—Tal vez —ella le miró de pronto. En sus pupilas hubo algo más que inquietud, a juicio de Nelson. Acaso miedo—. Pero ¿qué otra cosa podía haber?

—No lo sé. Por eso se lo he preguntado, señorita Kent. Antes, cuando me levanté y fui a la cámara delantera del aerocohete, entregué un espaciograma. Era para la SIP.

—¿La SIP? —Ella se estremeció—. ¿Y qué tiene que ver esto con la Policía Internacional del Espacio?

—Posiblemente nada. Pero yo sí tengo que ver. Soy agente de la

Organización, señorita Kent.

—¿Usted? ¡Cielos, nunca lo hubiera imaginado! Parece un deportista, un hombre de fortuna, que emprende un viaje de placer…

—En realidad, es un viaje de placer. Pero no soy un hombre de fortuna. Deportistas lo somos todos en la SIP. ¿Sabe lo que pedía en ese radiograma espacial?

—No. ¿Cómo puedo saberlo?

—Podía imaginarlo. Pido la ficha, datos y referencias del hombre muerto en el espaciódromo londinense. Quiero saber quién era el hombre que trató de matarla.

Ada preguntó:

—¿Y para qué? ¿Espera sacar algo de todo eso?

—Nunca se sabe. Si descubrimos que no era un loco, lo hizo por alguna otra razón. Y eso sí que interesaría descubrirlo. Sobre, todo, a usted.

—Prefiero seguir pensando que todo fue un error o un ataque de locura.

—Pero el pensarlo, si no es cierto, no le ayudará a conjurar el peligro.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—Ni siquiera lo sé, señorita Kent. Pero supongamos que hay un peligro.

—¿Por qué había de haberlo? —ella fingió una risa burlona—. Yo no he hecho daño a nadie.

—Nunca sabemos el daño que podemos hacer a otros, con lo que sabemos o somos capaces de revelar. —Miller no separó de ella sus sagaces, agudos ojos—. Por ejemplo: usted vio a su jefe, el profesor Hoffman, muerto en su despacho.

El cuerpo entero de Ada sufrió una levísima convulsión. Algo así como una sacudida eléctrica de escasa intensidad. Su voz sonó algo trémula:

—¿Y qué, señor Miller? Eso carecería de sentido. El profesor murió de un ataque al corazón.

—¿Seguro?

—Seguro. Los médicos más notables lo han certificado así. No había violencia en él. Ni venenos, ni nada de eso, si es lo que piensa. Fue muerte natural.

—He leído los periódicos y he visto las telenoticias, señorita Kent. Sé cuál es la versión oficial de la muerte del profesor Hoffman. Pero si hubo algo más en ella, algo dudoso o poco claro…, nadie como usted para saberlo, o, simplemente, sospecharlo. Y eso podría hacer daño a alguien.

—Yo no sé nada. No sospecho nada.

Nelson Miller la estudió. Sabía cuándo alguien duda de algo y no se atreve a revelar esas dudas a nadie, aferrándose a una falsa seguridad. Ésa era ahora Ada Kent, o él no tenía la menor idea de la naturaleza humana. Sonrió benévolamente, pero su repentina pregunta tuvo la virtud de provocar un escalofrío en la bella joven de las piernas seductoras:

—¿Ni siquiera sabe nada de cierto rastro fosforescente que vio esa noche?

Ada Kent giró la cabeza violentamente, y le miró de un modo raro. Dilató sus ojos, reflejando un vivo temor en ellos.

—¿Por qué nombra eso? —pidió en un susurro—. ¿Quién le ha dicho…?

—Algunos periódicos publican la especie. Y aunque usted lo ha desmentido, yo he leído casualmente ciertos, informes de la SIP, en las oficinas que tenemos en Londres, a mi paso por ellas. Allí se habla del rastro luminoso. Y usted firma esa declaración sin lugar a dudas. Dígame: ¿encontró realmente rastro de luz fosforescente en el despacho de Hoffman cuando usted halló el cadáver?

—Supongamos que lo hubiera encontrado. ¿Tendría eso importancia, si luego el registro policial y los análisis del lugar dieron resultado totalmente negativo?

—Yo no le pregunto lo que dieron los análisis, sino lo que usted vio.

—¿Lo que vi… o lo que creí ver? —bromeó ella, algo sarcástica.

—Yo no estoy tan seguro de que la gente pueda confundir lo que cree ver y lo que ve. Habitualmente, de cada cien casos, en noventa y ocho es cierto que se vio algo. No importan las evidencias que se opongan a ello después.

—Bueno. Pues es cierto. Vi ese rastro luminoso. ¿Está satisfecho?

—Sí. ¿Cómo era?

—Ancho, como de un palmo o más. Se extendía hasta Hoffman. Había derribado a su paso una silla, o al menos esa impresión

producía. Se detenía justamente ante Hoffman.

—¿Sin rastro alguno que marcase un regreso?

—Ya le entiendo. No. No había nada. El rastro provenía de la antesala. Y no volvía allí, si a eso se refiere. A no ser…

—A no ser que lo que hubiera producido ese reguero de luz, hubiese vuelto sobre el propio reguero —sonrió Miller anticipándose a su indicación. Ada asintió, sorprendida—. Lo imaginaba, señorita Kent. ¿Cómo, era esa fosforescencia?

—De un matiz verdoso. Brillaba como algo viscoso, sobre la alfombra. A la luz no era visible en absoluto. Sin saber por qué, sentí un miedo terrible. Y escapé, sin detenerme a examinar otros posibles rastros por la casa.

—Muy comprensible —el rostro de Miller, fruncido, reflejaba preocupación—. Debe cuidarse mucho, señorita Kent. Es posible que en todo esto haya algo raro, que no acertamos a ver. Algo que ponga en peligro su existencia…

—¿Usted cree en la realidad de ese rastro luminoso, que los análisis han demostrado inexistente, y que la policía no cree? —se extrañó Ada.

—Nosotros, los de la SIP, creemos muchas cosas que la policía local no ha creído nunca… y suelen resultar ciertas a la larga. No somos tan escépticos como ellos.

—De todos modos, no creo que deba inquietarme ya. A partir de ahora habrá quien cuide de mí, señor Miller.

—¿Sí? ¿Quién?

—Mi esposo.

—¿Cómo? ¿Se va a casar?

—Sí. En Marte. Por eso hago este viaje. Tenía que haber salido antes. La muerte del profesor Hoffman demoró algo mi viaje.

—Y por eso hemos coincidido en la travesía del espacio —sonrió Miller—. ¿Su esposo es militar terrestre tal vez, desplazado a la Colonia marciana?

—No, no. Es colono. Tiene su residencia en la Llanura de Pantanos Grises, en la Colonia Once. Una familia rica y bien situada, que eligió el clima de Marte y la tarea de ayudar la colonización planetaria. Talman Place es un bello lugar. Véalo.

Extrajo una fotografía en color y tridimensional de su bolso de viaje, tras una breve búsqueda. Se la tendió a Nelson, que la

contempló absorto. Marte, el mundo extraño y fabuloso de otros tiempos, era hoy un planeta familiar, relativamente cercano. Su paisaje asombroso, de raros grises, verdes enfermizos, pantanos color metálico, vegetación roja y cielo de densas nubes pardas o amarillentas, tenía una indudable belleza. Las formas, bajo el sol, lejano y triste, un aire irreal. Como aquella hermosa, modernísima y rectilínea edificación blanca, erguida en la planicie gris, frente a los grandes pantanos. Un rótulo señalaba el nombre del lugar: «Talman Place».

Aun sin querer, leyó la letra menuda y rápida, de la dedicatoria de aquella bellísima postal: «Tu futuro hogar, querida Ada. Recibe el amor del hombre que espera con ansia el día de ser tu marido. Sver».

—Sver Talman —comentó Miller, devolviéndole la tarjeta ilustrada—. He oído hablar de él. Un joven adinerado, con espíritu aventurero. No sabía que eligiera Marte ahora, como domicilio. Le deseo que sea muy feliz a su lado.

—Gracias. Yo no tengo nada y ellos son ricos. Pero Sver me quiere. Y sus tíos, Luth y Sybil, también. No será difícil sentirse feliz entre ellos.

Nelson Miller asintió. Prefería que fuese así. Tal vea en Marte, si algún peligro acechaba a la joven, no sería tan fácil que tuviera fatales consecuencias. Eso le hizo recordar al profesor Dmytrick, sentado unos asientos más adelante, con su noble cabeza gris dándole la espalda.

—Dmytrick también va a Marte —comentó al azar—. ¿Lo sabía usted?

—No —ella se sorprendió—. Creí que haría viaje a Júpiter. Ha hecho ya algunos, en relación con la legislación sobre el transporte de piedras preciosas jupiterianas. Ya sabe usted que, al empezar a colonizarse el gigantesco planeta, se han descubierto en su superficie enormes cantidades de diamantes y otras piedras preciosas, desconocidas incluso para la Tierra, que hundirían el mercado si se exportaran en grandes cantidades a nuestro planeta, o que supondrían una fortuna para el que traficara clandestinamente con ellas.

—Tipo curioso ese Dmytrick, Me gustaría saber por qué llevaba un arma. Y por qué disparó contra su agresor…

—¿Duda de él?

—Sí. Dudo siempre de todo el mundo, en tanto no aclaro algo. Y de haberse efectuado la agresión contra usted por razones que ignoramos, no creo que el tipo de la cámara fotográfica mortífera obrase por su propia cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Que obedecía instrucciones ajenas. Era, en suma, un hombre pagado para hacer algo.

—Y ese algo era matarme a mí —se estremeció la joven.

—Sí. ¿Usted conocía los asuntos privados, confidenciales, de la Sociedad de «Los Cinco»?

—Algunos. Otros, Hoffman los guardaba para sí. Como el de los documentos desaparecidos, por ejemplo.

—¿Documentos desaparecidos? —Miller pegó un respingo—. ¿Qué documentos?

—Los que guardó Hoffman poco antes de morir, con la franja azul de los legajos urgentes y de gran importancia. Cuando le hallé muerto, no los tenía consigo. No han aparecido más.

Miller preguntó:

—¿Y no sabía usted nada de lo que podían contener o significar? ¿No le dijo él alguna cosa?

—No. Sólo que pensaba llevarlos a su Junta especial con los demás miembros de «Los Cinco». Como le digo, nunca fue a esa Junta, ni aparecieron los papeles.

Nelson Miller no dijo nada. Estaba pensando en todo lo que Ada Kent le había contado. Un cúmulo de teorías se amalgamaba, en su cabeza confusamente.

El hecho de que Ada Kent iba a casarse le tranquilizaba en cierto modo. Era mejor que alguien cuidara de ella, si intentaban de nuevo atacarla. Sola sería una presa fácil para los asesinos. Y no siempre estaría él, o alguien como él, para velar por su seguridad. Además no siempre se tenía éxito en un intento desesperado como el de Miller a bordo del aerocohete.

Por otro lado, como hombre, Miller pensó que resultaba lamentable que una chica tan bonita y sugestiva se casara. Claro que Sver tenía mucha razón en decidirse. También él se hubiera casado con una criatura como Ada Kent, sin vacilar un solo momento. Lo malo para él es que ya llegaba tarde.

Miró por los visores laterales. El espacio negro e inmenso se ofrecía ante sus ojos, como un gran océano fabuloso, cuajado de luces en sus profundidades insondables. Por aquel océano de vacío infinito, de mundos ignorados y de Galaxias a las que el hombre del siglo XXI aún no había llegado, pero que no perdía la esperanza de alcanzar, iban navegando ahora ellos, a bordo de la gran nave de los cielos. Rumbo a Júpiter, con un alto en Marte. De isla en isla, por el Cosmos infinito, mar sin límites ni agua, eterna incógnita abierta siempre a los ojos inquietos del ser humano que ya se había atrevido a surcar sus espacios.

Nelson había recorrido muchas veces ese mismo espacio negro y profundo, con los aerocohetes ligeros de la SIP, en misión oficial, Pero nunca, como ahora, en plan turístico, puramente de placer, y sin estar sujeto a ordenanza alguna.

Sin embargo, parecía ser su destino que jamás se hallara en el espacio con plena tranquilidad.

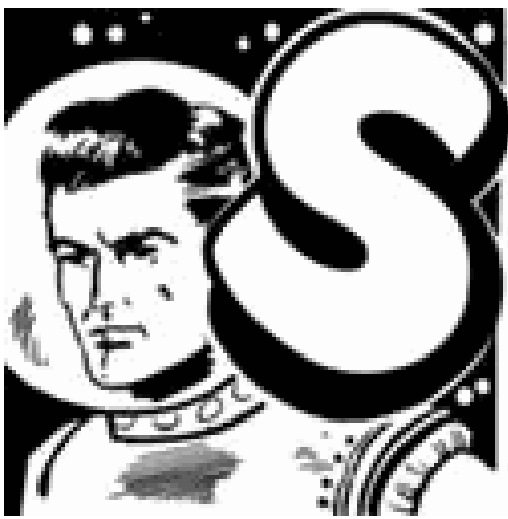
Ahora, en un simple crucero interplanetario de placer, había surgido Ada Kent, la bonita pelirroja de las bellas piernas y el rostro angelical. Y con ella, un nuevo e inquietante enigma.

El fracasado asesinato… ¿había sido un simple acto de locura, o un plan fríamente calculado para eliminar a la bella secretaria de Kurt Hoffman?

Esta pregunta era la que torturaba al agente Nelson Miller, en aquella travesía celeste que él se prometiera apacible, tranquila y sin complicaciones.

CAPÍTULO V

MARTE



ver Talman corrió a la pista de aterrizaje del gigantesco aerocohete que se posaba ahora en el gran espaciódromo de Marte, Colonia Uno.

La auténtica capital marciana situada, en el hemisferio norte, muy próximo a la línea ecuatorial del planeta, era la primera colonia terrestre, fundada al llegar el hombre al rojo mundo que desde siempre inquietara al ser humano, y que creciera a lo largo de, los años durante los cuales habíanse ido colonizando los demás lugares del planeta.

—¡Ada! —gritó—. ¡Ada, cariño!

Las puertas del cohete se abrían ahora. Los pasajeros comenzaron a descender. Algunos de ellos, la mayor parte, seguían viaje a Júpiter. Pero la parada de tres horas en Marte les concedía pretexto para recorrer las ultramodernas calles de la ciudad

terrestre en Marte.

Allí no eran precisas las escafandras espaciales provistas de aire, ni los trajes herméticos y gravitatorios. El aire de Marte, respirarle de por sí, había sido habilitado para los terrestres, a base de grandes tubos propulsores de oxígeno, que lanzaban sobre las ciudades habitadas y también sobre los terrenos pisados por el hombre, en una cadena gigantesca, el aire preciso para que el hombre no extrañase la composición de su propia atmósfera, ligeramente más diáfana que la marciana. Las teorías científicas sobre la ausencia de oxígeno en Marte, habían sido un gran fiasco. Cierto que existía abundante dióxido de carbono y que la composición del agua era algo diferente a la terrestre. Pero su aire era perfectamente tolerable por el ser humano.

No así su clima, algo duro en ambos extremos, ya que el día, en las proximidades ecuatoriales de Marte, llegaba a los cincuenta grados Fahrenheit. Pero las noches eran frías e inhóspitas, por la distancia del Sol y por el enfriamiento progresivo y ya muy intenso del propio mundo marciano.

Pero también los colonizadores de la Tierra hablan combatido ese problema, logrando que los tubos conductores de oxígeno en grandes cantidades llevaran adosados otros tubos más delgados, que expelían aire caliente, graduado proporcionalmente a la temperatura de los termómetros, para que se disfrutase siempre de un clima ideal.

Ada Kent apareció en la puerta del aparato. Corrió hacia Sver, al que se abrazó. El fornido y gigantesco muchacho rubio que era Sver Talman casi sepultó entre sus musculosos brazos a la bella pelirroja. Sus labios se fundieron en un beso cálido, que debió elevar la temperatura marciana bastantes grados sobre cero.

—Mi querida pequeña —sonrió Sver, acariciando el rostro ovalado de la muchacha—. Eres encantadora y maravillosa… Casi parece un sueño tenerte aquí, en Marte. Junto a mí… ¡y para siempre!

—Para siempre, Sver… —asintió ella con calor, mirando los verdes y profundos ojos del atlético joven que iba a ser su esposo—. Para siempre…

—Espero que el viejo Hoffman no se sienta celoso y empiece a tentarte con ofertas, cuando vea pasar algún tiempo sin tu

presencia… rió Sver, burlón.

—Estoy segura de que así hubiera ocurrido…, si Hoffman viviese —dijo ella con gravedad.

—¿Cómo? —El joven abrió mucho los ojos—. ¿Quieres decir que Hoffman… ha muerto?

—Sí. Un ataque al corazón… —Su ser todo se rebeló a la vocecilla interior, que tenía un singular parecido con la de Miller, su compañero de viaje, al chillar dentro de su cerebro: «Mientes… ¡Mientes! Tú sabes que no murió así… Alguien le mató… ¡Alguien le mató!». Con un poderoso esfuerzo por ahogar esa voz interna, añadió—: De todos modos, parecía resignado a perderme antes de que eso ocurriera.

—De veras que lo siento, Ada. Debió de ser un golpe muy duro para ti. Allí, en Talman Place, nunca leemos periódicos ni vemos las emisiones televisadas de la Tierra. Espero que ahora todo sea diferente, querida. Instalaremos un televisor, adquiriremos periódicos…; en suma, trataremos de recordar que somos gente civilizada.

Rieron ambos, cogidos por el talle, y se alejaron hacia las oficinas del espaciódromo para recoger el equipaje de Ada cuando lo descargasen.

En tanto esperaban la entrega, con el resguardo y el billete en la mano, alguien se situó junto a ellos a reclamar el suyo. Era el profesor Dmytrick, que saludó a Ada con una cortés inclinación de cabeza. Y preguntó:

—¿Se encuentra bien del todo, señorita Kent?

—Sí, gracias —ella, nerviosamente, le sonrió, evasiva.

—¿Quién es ése? —quiso saber Sver.

—Un colega de Hoffman, el profesor Dmytrick.

—¿Por qué te preguntó si te encontrabas bien? ¿Te ha ocurrido algo?

—Oh, no, nada —negó Ada, quitando importancia a la cuestión —. Fue una leve indisposición, nada serio…

Sver parecía aceptar como buena la explicación. Les tendieron las tres maletas de Ada, y ella dejó el resguardo en poder del funcionario. Iban a salir ya del espaciódromo, cuando casi chocaron con alguien que se encaminaba a las oficinas superiores del lugar, por el amplio corredor de acceso.

—Oh, perdone—. Musitó el otro, deteniéndose. Al reconocerla, sonrió—. Oh, señorita Kent, qué casualidad… ¿Es su prometido tal vez?

—Si. —Ella se lo presentó de mala gana—: Sver, te presento a un compañero de viaje, el señor Miller.

—Hola. —Sver Talman no era muy sociable, o no le gustaban las amistades masculinas de su prometida. Ni siquiera tendió la mano al joven Nelson Miller, tan alto y atlético como él mismo. Se midieron con los ojos, sin la menor simpatía en los verdes y estrechos de Sver—. Ya nos disculpará, pero tenemos prisa, señor.

—Claro, claro —sonrió maliciosamente Miller—. Lo comprendo perfectamente. Adiós, señorita Kent. Le deseo que sea muy feliz…

Ella tuvo una sonrisa forzada. Luego se alejó con Sver, en tanto que Nelson Miller pensativo, les contemplaba, detenido en el centro del corredor del espaciódromo, mientras encendía un cigarrillo con lentitud. Observó que, al salir de la gran rotonda encristalada que daba acceso a los aparcamientos exteriores de vehículos, ella aún se volvía una vez, fugazmente, y le miraba. Después ambos desaparecieron, subiendo a un vehículo de carrocería verde. El coche se alejó de allí velozmente. Era un turbo-aeromóvil, capas de desplazarse por tierra o aire —a escasa altura—, muy práctico para zonas pantanosas, acuáticas y terrenos blandos.

Nelson Miller suspiró. Posiblemente era ésta la última vez que veía a Ada Kent. Y esto no constituía una idea demasiado agradable. Aunque quisiera negárselo a sí mismo, lo cierto es que le gustaba la chica. A pesar de estarle vedada.

A bordo del vehículo que partía vertiginosamente sobre la superficie marciana, rodeando la gran ciudad blanca que los humanos habían edificado allí, y aprovechando como autopistas los viejos «canales» marcianos, resto de una antigua civilización extinguida, Sver Talman comentó agriamente, sin soltar el volante:

—No me gusta que hagas amistades con nadie, querida. Sabes que me siento celoso de cualquiera.

—Es una tontería, Sver… —rió ella, contemplando fascinada las planicies increíbles de Marte, su paisaje extraño y rojizo, bajo el tibio sol lejano—. ¿Por eso has estado tan brusco con Nelson Miller?

—Sí. ¿Qué clase de tipo es ése, para interesarse por ti y por mí?

—Oh, no hagas caso. Creo que el señor Miller se interesa por un

igual por todo el mundo. Es su profesión, y cobra por fijarse en los demás.

—No lo entiendo. ¿A qué se dedica?

—Es policía. Agente especial de la SIP.

—¡La SIP! —El volante giró entre las manos de Sver con tal brusquedad, que el vehículo osciló, a punto de salirse de la autopista marciana. Cuando Sver volvió su rostro hacia la joven, reflejaba cierta sorpresa—. ¡Diablo, no sabía…! ¿Qué ha venido a hacer aquí? No creo, que en Marte haya crímenes.

Y aquí la autoridad es más bien militar que civil…

—Está en viaje de placer. Vacaciones. —Ada rió, apoyando su roja cabecita en el fuerte hombro de Sver: No quería referirle lo sucedido a su novio. En realidad, tan sólo serviría para inquietarle inútilmente. Añadió, en vez de eso—: Pero olvidemos a la SIP, a sus agentes y a todo lo demás, querido… Vamos a vivir nuestra propia felicidad. ¿Estamos muy lejos de tu casa?

—Será, un viaje muy corto, en comparación al que acabas de realizar durante estos días en la astronave. Dentro de unas pocas horas nos posaremos en la Llanura en los Pantanos Grises. Vamos a remontar el vuelo.

El aeroturbo salió de su contacto con el suelo marciano, elevándose unos metros por encima de su superficie y aumentando considerablemente su velocidad. Los reactores de atrás despedían chorros de fuego y humo, movidos por la energía nuclear que impulsaba el vehículo marciano.

—¿Y tío Luth? ¿Sigue tan feliz como siempre?

—Oh, mucho —rió Sver—. Pero, sobre todo, será feliz ahora, viéndote a ti en casa. Creo que cuando lleguemos, ya tendrá el sacerdote preparado para celebrar la boda. No sabes bien lo impaciente que está por tenerte como nuera.

—Tío Luth es demasiado bueno. ¿Y tía Sybil?

—Ya la conoces. —Sver soltó una alegre carcajada—. Tan rara como siempre. Pero, en el fondo, es tan buena como el propio tío. No sé lo que sería de mí, de no haber existido ellos. Tú sabes que era un jovenzuelo alocado e inconsciente, que sólo pensaba en gastar dinero, hasta que tío Luth y tía Sybil me hicieron ver la conveniencia de hacer algo útil para los demás.

—Entonces se te ocurrió adquirir terrenos en Marte y convertirte

en un colonizador planetario. —Ada le miró, divertida—. No se puede negar que eres original en tus decisiones, Sver.

—Lo cierto es que a tío Luth le gustó la idea, y la aceptó. Aquí es feliz. Dice que Marte tiene todas las cosas buenas de la Tierra y ninguna de las malas. Pero aquí, entre nosotros, yo creo que su amor a Marte proviene da la abundancia de hojas de tabaco en su superficie, especialmente en los pantanos. El tabaco aquí prolifera como la hiedra y está al alcance de todo el mundo. Además es de calidad excepcional. Tío Luth fuma más que nunca.

—No hace falta que me lo jures —rió Ada de buen humor. Se abrazó a Sver, radiante—. ¡Oh, querido! ¡Qué feliz voy a ser en este mundo, junto a vosotros!

—Claro, criatura —asintió Sver—. Feliz por completo.

Ada asintió, Y allá, en el fondo de su mente, la vocecilla de antes gritó en vano: «¿Estás segura, Ada Kent?». ¿Estás segura de que has olvidado lo ocurrido al salir de la Tierra?

Se estremeció. No, no lo había olvidado. Pero quería olvidar, Y olvidaría…

Estaba segura de que junto a Sver y sus tíos, convertida en la señora Talman, todo Iba a ser fácil… Especialmente, olvidar aquello que resultaba torvo y desagradable. Además el joven agente Miller estaba demasiado influenciado por sus experiencias propias, al pensar que en el atentado contra ella hubo una secreta intención criminal. Era absurdo pensar tal cosa. Aquel hombre muerto en el espaciódromo de Londres era un demente, un maniático asesino de mujeres. En Inglaterra siempre habían existido esa clase de delincuentes patológicos, aun en la moderna era universal, tan rica en sistemas científicos contra el delito criminal.

Eso lo explicaba todo. Y era cómodo.

Pero Ada Kent ignoraba, o pretendía ignorar, que todo lo que es demasiado cómodo puede ser también demasiado peligroso…

* * *

Nelson Miller se acomodó en la muelle butaca de su habitación en el Hotel Términus, de la Colonia Uno. Estaba aspirando el humo de su cigarrillo con delectación y procurando olvidarse del viaje Tierra-Marte. No por el viaje en sí, que a lo largo de sus tres

jornadas de duración había sido maravilloso, sino por una persona: Ada Kent.

La bonita pelirroja, fugaz compañera de viaje, había desaparecido ya totalmente de su vida. Era la novia de otro hombre. De un hombre rico, por añadidura. Y se iba a casar en breve. No tenía el menor derecho a inmiscuirse en sus cosas. Parecía realmente enamorada de Sver Talman, y no se lo reprochaba. El joven Sver era atlético, guapo y, por añadidura, bastante rico. El sueño azul de cualquier mujer, incluso en el siglo XXI, La Humanidad no cambiaba mucho, después de todo, en su fondo psicológico. Y la mujer siempre era mujer.

Miller se cambió de ropas, poniéndose un ligero y ceñido traje, apropiado para recorrer Marte como un turista sin preocupaciones. El tejido plástico se ceñía a su cuerpo, con total libertad para sus miembros. No llevaba armas encima. Después de todo, no las necesitaba estando de vacaciones, por muy agente de la SIP que fuese.

Cierto que en el aerocohete la precisó, pero eso ocurría una vez cada cien años. No debía olvidarse que esto era un permiso. El primero que recibiera desde que, de la Academia Superior de Quebec, se trasladó a la Escuela de la Policía Internacional del Espacio, para ser agente de la SIP, siguiendo una simple vocación íntima.

No se arrepentía de haber elegido aquel trabajo.

Un hombre joven, fuerte, con mucha memoria, ágil cerebro, ideas rápidas, intuición deductiva, estudios superiores y gran entrenamiento deportivo, que por añadidura fuera campeón de tiro al blanco, tenía que tener inmediata aceptación en el Cuerpo más poderoso de la ley, en la Tierra y planetas colonizados.

Así había sido. Donald Callowan, jefe supremo de la SIP, y hombre de una gran humanidad, aceptó encantado su candidatura, tras un laborioso examen del pasado, antecedentes y hechos familiares del candidato. Pasadas satisfactoriamente todas esas pruebas, Nelson Miller había ingresado en la Escuela Espacial de la SIP en Washington. Salió nombrado agente, con Mención Especial a sus relevantes dotes.

Pero aunque todo ello le tenía íntimamente orgulloso de sí mismo y del Cuerpo al que servía, no era menos cierto que Miller

acogía con entusiasmo la oportunidad de un permiso tan prolongado como aquél. Quizá Callowan, que era tan profundo conocedor de sus hombres, le había concedido el mismo como un medio de relajar sus nervios, en tensión constante desde los últimos casos resueltos por él.

La captura dramática de Darkin, «El Selenita», así como el anterior caso de los secuestros planetarios, el crimen en el Satélite 3 y el tráfico de drogas venusinas en
Hong-Kong,
meses atrás, habían sido una constante prueba para la naturaleza de Miller. Ahora el reposo, la tranquilidad de sus días de paz, lejos de todo problema, iban a sentarle muy bien.

O, por lo menos, eso era lo que él pensaba. Una vez más, el destino le jugó la mala pasada de complicarle la existencia. El peligro y Nelson Miller parecían compañeros inseparables en todo momento…

Alguien tocó el zumbador de la puerta, y éste sonó, suave pero Irritantemente para Miller, que sólo deseaba reposo y calma. Se irguió, algo contrariado. El zumbido se repitió. Se vio forzado a indicar:

—Adelante. ¿Qué mil diablos quieren ahora?

Se presentó en la puerta un «botones» del hotel, con su cegador uniforme, color magenta, fluorescente. Traía una bandeja con algo en ella. Señaló a Miller:

—Un espaciograma para usted, señor.

Sorprendido, Nelson lo tomó. Dio una propina al muchacho, y vaciló, con el sobre dorado en la mano. Por un momento pensó si sería una llamada urgente de la SIP, una contraorden que anulase sus soñadas vacaciones.

Cuando lo abrió, sentía verdadero miedo por lo que pudiera contener. Una ojeada a su texto le reveló que había albergado temores injustificados. Procedía de Londres, de la Oficina Europea de la SIP, ciertamente. Pero nada en relación con su permiso. Era la respuesta a su espaciograma anterior, enviado desde el aerocohete:

«Hombre muerto espaciódromo Londres era Rod Spaak, lugarteniente de Ilko Grozak, jefe de organización delincuentes. Seguimos investigando.

También noticias de que profesor Hoffman nombra heredera en testamento a su secretaria Ada Kent. Fortuna Hoffman muy considerable. Saludos: Dennis Charlton, del SIP Bureau».

Nelson Miller silbó entre dientes, sorprendido. Por la primera información especialmente. La otra era cuestión personal de Ada. Pero el hecho de que un miembro de la organización delictiva de Ilko Grozak, hombre muy buscado por la SIP en los últimos años, por sus delitos en secuestros, crímenes organizados y piraterías frecuentes entre la Tierra y las Estaciones Espaciales, participase en el atentado a la joven, confirmaba la teoría primitiva de Miller. Había «alguien» interesado en eliminar a Ada Kent.

Y ese alguien podía llegar, incluso, al planeta Marte. Si para él contaba tanto la vida de Ada Kent, no vacilaría en desplazarse. O en desplazar a los asesinos a sueldo.

Rápidamente adoptó una decisión. Tenía que informar de tal cuestión a la interesada. O, en su defecto, a Sver Talman, el directo responsable de la vida y seguridad personal de la joven en la actualidad. De sobra sabía que no le había sido muy simpático a Talman. Pero eso para Nelson era comprensible. Tampoco a él le sería simpático ningún amigo del sexo masculino que tuviera una muchacha como Ada Kent, de haber sido en realidad ella su novia.

Sin embargo, las circunstancias actuales parecían demasiado graves para andarse con rodeos ni vacilaciones. Algo se cernía en torno a la joven. No se planea un crimen brutal, dentro de un aerocohete a punto de partir hacia los planetas si no se cuenta con un poderoso motivo que guíe la mano asesina. Y más aún, siendo como en aquel caso, un juego muy arriesgado para el criminal, que podía perecer en su empeño, triunfal o no, tal y como había sucedido.

Miller recordó vagamente al hombre que mató a Rod Spaak en el espaciódromo. El profesor Dmytrick había disparado a pesar de su advertencia. ¿La oyó o no? Y si la había oído…, ¿por qué apretó el pulsador de tiro?

¿Tal vez… para sellar los labios de un hombre que había fracasado?

El agente de la SIP frunció el ceño. No le gustaba el curso de los

sucesos en torno a Ada Kent. Ocurría algo que distaba mucho de ser claro. Tal vez, aun en la lejanía de los llanos marcianos, cerca de las pantanosas zonas del planeta rojo, la vida de Ada seguía en peligro…

—Bueno —musitó Nelson para sí—. Después de todo, creo que igual dará estar aquí que en los Pantanos Grises. Todo es Marte. Y tengo un buen pretexto para presentarme en Talman Place: esa herencia de Hoffman.

Sonrió, empezando a recoger de nuevo sus pertenencias y apilándolas en las maletas. Después tomó el televisófono y llamó abajo. A la imagen del gerente del Marte-Términus, que apareció en la pequeña y clara pantalla fluorescente, le explicó rápidamente:

—Quiero salir en seguida para la Llanura de los Pantanos Grises. ¿Hay medios de transporte en este planeta?

—Será preciso que adquiera un turboaeromóvil, señor —informó el gerente—. No hay líneas de comunicación aérea o terrestre con esa región de Marte. ¿Pero es que se encuentra tan mal en nuestro hotel, como para pensar ya en marcharse? ¿Alguna deficiencia, señor?

—No, no, gracias. Es que acabo de recibir un espaciograma y tengo unos familiares allí. He de reunirme con ellos. Prepáreme la cuenta, por favor. ¡Ah!, y de ser posible, facilíteme uno de esos turboaeromóviles. Comprado o alquilado, a su gusto.

—Lo tendrá en el acto, señor.

Nelson colgó, pensativo, tras darle las gracias. Tal vea estaba cometiendo un error. Pero quería estar cerca de Ada, si alguien intentaba algo contra ella. O, por lo menos, no sentiría tranquila su conciencia si no la advertía del grave peligro que significaba la confirmación de sus sospechas, recibida desde Londres.

En el peor de los casos, no sería un viaje perdido. Podría conocer los pantanos de Marte y visitar lugares que los habituales turistas no se molestaban en recorrer.

Tras cerrar su maleta, recogió las demás cosas, guardándolas en el maletín de viaje. Se detuvo ante el espejo del armario, mirándose con gesto huraño.

—En fin, amigo Miller —se dijo a sí mismo—. El hecho es que nunca puedes disfrutar de esa bendita paz que tanto buscas…, ¡ni siquiera durante tus vacaciones!

CAPÍTULO VI

LA AMENAZA

l turboaeromóvil era un buen vehículo. Y el mapa marciano que le proporcionaran en el hotel, así como la forma de hacer más velozmente el recorrido, bien por el suelo o el aire del rojo mundo de Marte, resultaban sumamente prácticos, aun para una persona que, como Nelson Miller, desconocía totalmente el planeta.

Solamente le era necesario hacer un alto en el camino hacia la Llanura de los Pantanos Grises, y era en Ciudad Marte, la segunda colonia en importancia dentro del planeta, y sexta en el orden de instalación por los terrestres colonizadores.

De Ciudad Marte a los Pantanos Grises la distancia final se reducía a una breve jornada da siete horas. El tiempo se mantenía unificado con el terrestre, para no provocar conflictos a los turistas, visitantes y forasteros. Pero, sin embargo, el día marciano y su

noche eran ligeramente distintos en duración. Y, sobre todo, el año marciano casi duplicaba la duración del terrestre.

Nelson había podido presenciar ya la prodigiosa visión del satélite Phobos, saliendo y poniéndose hasta tres veces en el día marciano. En cambio, Deimos era tan lento que tardaba unos tres días en cruzar el cielo de Marte. Con sus ocho kilómetros de diámetro y su distancia hasta la superficie marciana, de unos veinticuatro mil kilómetros, apenas si se veía del tamaño que los terrestres veían al planeta Venus.

Phobos, de doble diámetro, y a la escasa distancia de siete mil kilómetros, era como la tercera parte de la Luna, vista desde la Tierra. Todo esto, que Miller conocía ya teóricamente, era la primera vez que lo descubría por sus propios ojos en una experiencia maravillosa. No siempre los agentes de la SIP recorrían el Cosmos entero, hasta donde el hombre había llegado con su dominio. La prueba era que él, un agente bastante destacado dentro de la Organización policial, era la primera vez que visitaba Marte, a pesar de ser todo un veterano del espacio exterior.

Planeó sobre Ciudad Marte cuando caía ya la noche marciana. Descansaría allí hasta el amanecer, reanudando entonces el viaje hacia los pantanos. Eligió la amplia azotea, con pista de aterrizaje para los aeroturbos, rotulada con el nombre de «Espacihotel del Universo». Se posó suavemente en el recuadro destinado a aparcar un vehículo a reacción, y un empleado le atendió, entregándole la tarjeta de hospedaje y una llave de «metoplast». Nelson Miller ya tenía alojamiento en Ciudad Marte.

Habían logrado levantar en el yermo páramo de Marte una auténtica metrópoli, de espectaculares edificios blancos, rígidos y verticales, de amplias terrazas y azoteas asomadas al aire, de atrevida arquitectura, todo ello entramado por las curvas, espirales y rectas ascendentes o descendentes de la fabulosa montaña rusa de acero que, eran las aerovías, propias de la época. La calle era decisivamente propiedad de los peatones. Allá, en el aire, las aerorutas de metal servían de camino a los vehículos del siglo XXI.

Miller contempló todo esto desde la habitación de su hotel. Luego resolvió salir a recorrer la población. Ante todo, debía recordar que hacía turismo.

Y entre tanto no llegara el día, era peligroso viajar por el espacio

de Marte, a causa del gran tamaño y abundancia de sus aves, todas provistas de grandes alas membranosas, como gigantescos murciélagos, que, en bandadas, atacaban a los vehículos, pese a que por separado fueran cobardes y asustadizas en alto grado.

El joven agente de la SIP deambuló por las centelleantes avenidas de Ciudad Marte, entre esplendorosos jardines, árboles azules, de formas extrañas, y macizos de flores marcianas de increíble color y características singulares.

La luz de la población era nítida, como en pleno día, de un suave tono azul plata, brotando de surtidores luminosos invisibles. El resultado de todo ello, bajo el límpido y frío cielo de Marte, resultaba deslumbrador y prodigioso.

De súbito, Nelson Miller se detuvo junto a un ultramoderno bar, y se ocultó velozmente en él, mezclándose entre las gentes que lo ocupaban. Le sirvieron una bebida roja y excitante, muy fresca y sabrosa. La ingirió, pagando luego, sin preocuparse demasiado por lo que pudiera ser.

Se había ocultado en el establecimiento para rehuir un encuentro violento y extraño. Había visto venir, por la misma acera, con aire distraído, a una persona que le era familiar: el profesor Wolf Dmytrick, su compañero de viaje. El misterioso hombre de los cabellos grises. El que mató al agresor de Ada Kent en Londres…

¿Qué hacía Dmytrick en Ciudad Marte? Le había visto quedarse en Colonia Uno. Y ahora estaba allí. Era como si le siguiera a él…, o como si también estuviese haciendo el mismo viaje que Miller. En busca de Ada Kent…

Le vio pasar, mientras sorbía el licor rojo, y se perdió por las amplias avenidas de la gran ciudad marciana. Nelson no hizo acción de seguirle. En realidad no le importaba de dónde pudiese ir el sabio. Lo realmente extraño era que estuviese allí también.

Su risueña estancia en Ciudad Marte sufrió una brusca alteración a partir de ese momento. Dmytrick le preocupaba, no podía negarlo. Unido al espaciograma de Londres, resultaba inquietante y Miller no podía dejar de investigar.

Resolvió hacer algo decisivo, aunque comprendía que era arriesgarse demasiado, Si alguien interceptaba uno de los espaciogramas que quería enviar, podía complicarse todo mucho más.

Se aproximó al edificio circular, de gran belleza y moderna estilización, que se destinaba a Comunicaciones interplanetarias. Había un departamento de urgencia para el servicio nocturno.

Despachó tres mensajes con destino a la Tierra, tras consultar unas direcciones en el Listín Universal. Uno, a Nils Lindstrom; otro, a Alex Eingel. El tercero, a Rufus Rahn. Todos con igual texto. Esperaba que alguno diera resultado. En un sentido u otro.

Salió del edificio circular de blanca piedra. Todavía no podía recurrir a la SIP. Cierto que la muerte de un hombre como Hoffman entraba en su jurisdicción especial, por su relación con temas del Espacio. Pero, en cambio, aún no tenía pruebas rotundas de que lo sucedido a Ada tuviera relación con el fin de su jefe. Ni siquiera de que Hoffman hubiera sido asesinado, como él sospechaba en su interior.

Preguntó si existía comunicación telefónica o televisada con Talman Place, pero la respuesta fue negativa. En Pantanos Grises habla una pequeña colonia o población, con comunicaciones, pero se hallaba a más de cien millas de Talman Place, lugar totalmente aislado frente a los pantanos. Era imposible avisar a los Talman o a Ada del peligro que podía correr la joven. Sólo existía un medio: llegar allí en persona y decírselo.

Miller regresó lentamente a su hotel. Estaba preocupado. Honda y sinceramente preocupado. La presencia de Dmytrick en Ciudad Marte, el informe de Londres, la situación aislada y peligrosa de Talman Place… Todo parecía significar una amenaza latente sobre la pelirroja cabecita femenina, si el poder oculto que manejaba los hilos de aquella extraña intriga resolvía descargar de nuevo su golpe en ella.

Una vez en el hotel, se acostó con la mente llena de temores. Hubiera tomado el turbomóvil para los pantanos, de no mediar la prohibición oficial, que la policía de Ciudad Marte cuidaba mucho de mantener, con patrullas que impedían la salida nocturna de aeronaves. Al parecer, el riesgo de choque con las bandadas de pajarracos prehistóricos era demasiado grave siempre.

Tenía que resignarse a esperar. Después de todo, si Dmytrick andaba detrás de aquel asunto, estaba tan inmovilizado como él mismo por las ordenanzas oficiales de Marte. Hasta el nuevo día, nadie abandonaría la población en vuelos a distancia.

Nelson Miller tardó en dormirse. Un sudor frío invadía su cuerpo cuando se tendió en el lecho, y las pesadillas más agobiantes le asaltaron, despertándole varias veces durante la noche.

Una de esas veces fue algo más que una pesadilla lo que le despertó…

El sonido del timbre fue tan violento que Nelson pegó un respingo en el lecho, y se irguió sobresaltado. Miró en torno, a las azuladas penumbras de la alcoba, en busca de la razón de aquel timbrazo. De momento, el sueño pesado y agobiante en que se hallaba sumido no le había dejado comprender claramente de dónde llegaba el sonido.

Era el visoteléfono. Irritado, se puso en pie de un salto, levantó el receptor y automáticamente la pantalla fluorescente se iluminó con la figura del encargado de la centralilla televisofónica del hotel.

—Señor Miller, no se retire, por favor. Le pongo con la Tierra —informó.

—¿La Tierra? —farfulló Nelson de mal humor—. ¿Qué mil diablos significa esto? ¿En plena madrugada?

—Lo lamento, señor. Es llamada de urgencia…

Nelson Miller no supo qué decir. Y el empleado le hizo la conexión.

El joven agente miraba absorto a la pantalla, en espera de lo que surgiese allí. Tras unas rayas luminiscentes, que hendían el televisor, se centró la lejana imagen, con bastante nitidez, a pesar de la enorme distancia entre la Tierra y Marte.

No reconoció al hombre enjuto y grave que sostenía el auricular en sus manos. La habitación que se descubría en la pantalla era confortable y moderna. Su interlocutor tenía aspecto de inteligencia y sagacidad. También de cultura y posición.

—¿Señor Nelson Miller? —preguntó, clavando la vista a su vez en su propia pantalla, conectada con la habitación de Miller en Marte.

—Sí, yo mismo —dijo Nelson.

—¿Cómo puedo saber que es usted y no un impostor? —fue la sorprendente, pregunta que, a su vez, hizo ahora el desconocido comunicante.

Miller exclamó:

—Diablo, es desconfiado, ¿eh?

—Tengo motivos para ello, señor. Mi nombre es Lars Lindstrom, y soy profesor de Física Nuclear y de Astronáutica Legal.

—¡Lindstrom! ¿El colega y compañera de Hoffman? —se asombró Nelson.

—Eso es. Sigo preguntando: ¿cómo sabré que es usted Nelson Miller, sin lugar a dudas?

—Diablo, le he enviado un espaciograma hoy mismo y…

—Está recibido. Pero no me basta eso. Usted pudo enviarlo, haciéndose pasar por él. Quiero saber que es realmente agente de la SIP.

—Espere, en ese caso —dijo, sin colgar el auricular. Se acercó a donde tenía su ropa y extrajo la credencial, que mostró ante el televisor del aparato. Su fotografía y sello de la SIP fueron visibles para Lindstrom, que asintió con la cabeza, firmemente. El profesor sueco no se daba fácilmente por convencido al parecer.

—Parece estar correctamente —declaró, con una sonrisa—. Perdone mi desconfianza y mi llamada tan inoportuna. Sé que ahí es ahora de noche, Miller. Pero he recibido su espaciograma y me ha preocupado mucho. Es cierto que, en el fondo, todos pensamos que la muerte de Hoffman fue muy extraña. No padecía del corazón. Y, además, unos documentos muy importantes creo que desaparecieron, Tengo la sospecha de que Hoffman había descubierto una traición en alguno de nosotros, y andaba detrás de desenmascarar al culpable.

—¿Qué entendería usted por traición, Lindstrom?

—En este caso, un acto ilegal de «Los Cinco», infringiendo los propios postulados de la Sociedad.

—¿Y ese acto podría ser…?

—Tráfico Ilegal, por ejemplo, de algún producto planetario de gran valor en la Tierra. Las valijas científicas no se examinan en las aduanas espaciales. Nos sería fácil a cualquiera de nosotros introducir una fortuna en piedras preciosas, en minerales valiosísimos o en cosas similares, dentro de la Tierra, transportándolo secretamente desde el planeta donde hubiese más calidad y abundancia, de ello.

—Eso iría también contra la Ley, profesor Lindstrom. La SIP intervendría, de ser eso cierto.

—Naturalmente. Pero si la cantidad introducida no era lo

bastante importante como para que interviniese la SIP, nuestro código sí lo haría, expulsando de la Federación de Científicos Mundiales al infractor. Que después pasaría a la jurisdicción legal.

—Entiendo. Hoffman iba a llevar esos documentos a la Junta. ¿Es por lo que cree factible que haya sucedido eso?

—Sí, Miller. El interesado sabía lo que Hoffman tenía en su poder y le mató.

—¿Cómo? El dictamen médico fue de ataque cardíaco.

—Puede haber un veneno, algo que de esa apariencia a una muerte. Averígüenlo ustedes. Es cosa suya.

—No mía. Yo estoy de vacaciones, profesor. Si le envié ese espaciograma, con una advertencia y la demanda de ayuda, fue porque quiero evitar riesgos a una muchacha que tal vez corre peligro por igual razón: la secretaria de Hoffman.

—¿Ada Kent?

—Sí. Intentaron matarla una vez. Pueden volver a intentarlo. ¿Sabía usted que el profesor Dmytrick está aquí, en Marte?

—Sí —una expresión rara asomó al rostro de Lindstrom—. Dmytrick es un hombre muy honorable. Pero también algo huraño y especial, por lo que tal vez le resulte sospechoso. Yo, sin embargo, no creo que él esté mezclado en nada feo, Miller.

—Un momento, profesor. Hay algo que no le he preguntado aún: ¿cómo ha averiguado dónde me alojo?

—No es difícil. Usted envió un espaciograma fechado está noche misma en Ciudad Marte. Ahí no permiten la salida de vuelos nocturnos. No era difícil deducir que le hallaría aún en la ciudad, ¿no cree? Bastaba llamar a los mejores hoteles, que son exactamente cinco, según el Listín Universal. A la tercera tentativa, resultó. El telefonista me dijo que usted se aloja ahí, y todo estuvo resuelto. Fácil, ¿eh?

—La verdad, sí —tuvo que confesar, sorprendido, Nelson Miller —. Tal como usted lo refiere, suena facilísimo. Pero ¿por qué esta urgencia en la llamada?

—A eso voy, Miller. Su espaciograma me ha servido de acicate. Pero en él me dice algo que yo ya sabía. Todos podemos correr peligro en la Sociedad de «Los Cinco» si Hoffman fue asesinado. Nadie mejor que nosotros para sospechar un delito en uno de nuestros miembros. Muerto Hoffman, vamos a investigar, utilizando

nuestros propios medios, y eso lo sabe el asesino, si realmente hubo asesinato. Procurará impedirlo.

—¿Y bien?

—Tengo miedo, Miller. Mucho miedo —el rostro de Lindstrom, a pesar de su aire frío, reflejó súbita angustia, se contrajo, con una expresión indudable de temer.

—¿A qué o a quién?

—No lo sé. Pero quisiera que usted, como agente de la SIP, avisara a sus compañeros. Hay algo en todo esto que conviene investigar a toda costa.

—Lo siento, profesor, pero me temo que carezco de suficientes elementos o pruebas para reclamar una intervención oficial. Mis jefes no querrán escucharme, Después de todo, me baso solamente en las mismas cosas que ellos han considerado hasta hoy como fantasías e imaginación de un testigo femenino, bastante impresionable por cierto. ¿Qué puedo hacer, en ese caso?

—Escuche. Será preciso que encuentre una forma de convencerles. Todos y cada uno de nosotros puede morir en cualquier momento, y… —De súbito, sus ojos giraron en las órbitas, volviéndose convulsamente hacia otro punto de la estancia, más allá del televisófono. Su voz sufrió un brusco cambio—: ¡Miller! ¡Hay alguien tras de la puerta de mi alcoba!

—¿Eh? —Nelson Miller aferró con fuerza el receptor, clavando sus ojos en la pantalla. La expresión del sabio nórdico era de vivo terror—. ¿Qué dice? Será alguien de su familia…

—¡Vivo solo, Miller! —chilló Lindstrom, demudado, temblándole el labio inferior—. ¡La puerta! ¡La puerta… se está abriendo!

—¡Lindstrom, pronto, avise a la policía! ¡Comunique, rápido!

El sabio parecía que iba a hacerlo así. Pero, de súbito, sucedió algo imprevisto. Toda la pantalla se cubrió de una luminiscencia fuerte, que cayó sobre el rostro del profesor, marcando intensos contrastes de luz y sombra en la faz demudada. El aullido de Lindstrom fue espeluznante, y logró mantener a Nelson rígido, sin soltar el auricular, que oprimía con mayor fuerza, testigo de excepción ante la pantalla de aquel televisófono, convertido súbitamente en dramática ventana a la Tierra.

—¡Esa luz…, esa luz verde! —aulló, desgarrador—. ¡Se acerca a

mí! ¡Avanza… está moviéndose! ¡Miller, va a matarme…! ¡Va a matarme…, como a Hoffman! ¡No hay tiempo…, no hay tiempo de salvarse!

Miller gritó roncamente al teléfono, mirando como hipnotizado aquella trágica, increíble escena. La luminiscencia verde, ciertamente, se acercaba más y más a Lindstrom. Y el terror de éste crecía por instantes.

—¡Escape! ¡Huya! —rugió—. ¡Tiene que huir…, o luchar con quien sea!

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Esa luz…, esa fosforescencia que se acerca a mí… es… es un… un…! ¡Aaagh!

La luz se hizo tan violenta ahora que borró toda imagen de la pantalla televisora. Lindstrom desapareció. En el auricular se percibió un gorgoteo, luego un golpe seco y un estertor o cosa parecida.

Y un extraño e inquietante susurro…

—¡Lindstrom! —gritó—. ¡Lindstrom! ¿Me oye? ¡Conteste, Lindstrom!…

Parecía inútil. No llegó ningún otro sonido. El susurro se apagó también, y sonó un «clic» al cortarse la comunicación. En la pantalla, un millar de rayas horizontales, oscilantes, marcó el final de la recepción.

Miller pulsó el llamador del televisófono y en la pantalla apareció la figura del telefonista del hotel.

—Lo siento, señor. Parece ser que han cortado la comunicación desde la Tierra —informó—. Puedo intentar conectar otra vez…

—¡No, no! ¡Conecte con la Tierra…, pero con la Oficina de la SIP en Londres! ¡Es sumamente urgente!

—Sí, señor —musitó, asombrado, el empleado—. En seguida…

CAPÍTULO VII

LA MUERTE FOSFORESCENTE

plastó el enésimo cigarrillo en el cenicero de su alcoba, Luego volvió a pasear como un tigre enjaulado. La madrugada avanzaba al encuentro del nuevo día marciano.

Nelson Miller, muy nervioso, aguardaba el resultado de la llamada de Londres. La SIP había recibido ya su aviso. Agentes del Cuerpo estarían ahora investigando para hallar a Lars Lindstrom, para saber lo ocurrido.

Todavía transcurrieron treinta minutos de tensa espera. Finalmente, sonó el teléfono. Nelson saltó vivamente hacia él y lo aferró con fuerza. En la pantalla visora apareció directamente la conexión con Londres.

El jefe londinense de la SIP sonrió descansadamente a Miller a través de la pantalla.

—Hola, muchacho. —Saludó—. Ya tenemos noticias.

—¿Qué hubo?

—Encontramos al profesor en su residencia veraniega de Bloomsbury.

—¿Muerto?

—Más que mi tatarabuela, Miller. Esta vez, además del aparente ataque cardíaco, según ha testimoniado el médico forense, parecemos tener la prueba de que algo o alguien entró en la alcoba, porque han derribado sobre el cadáver el mueble donde tenía su televisófono. Era de metal y le ha aplastado la cabeza de un modo muy desagradable. Sin embargo, aparte de ese accidente, no hay señales de violencia. Como en el profesor Hoffman…, pareció fallar el corazón.

—Pero ahora es distinto. Usted sabe lo que yo he visto, lo que he oído a Lindstrom antes de morir.

—Sí, ahora es muy distinto —suspiró el inspector de la SIP en Londres—. Tan distinto que voy a llamar inmediatamente a Donald Callowan. Al parecer, esa chica, Ada Kent, atinó en sus sospechas.

—¿Han encontrado el rastro luminoso?

—En esta ocasión, sí. Todo ha sido muy rápido. Gracias a usted, llegaron mis agentes a tiempo de ver cómo se iba diluyendo el rastro fosforescente en el suelo. Cruzaba varias habitaciones y llegaba hasta el mismo cuerpo de Lindstrom.

—¿De dónde provenía?

—De un patio posterior que tenía la residencia. Es un lugar estrecho, de altos muros. Si alguien se infiltró por allí, debió hacerlo por el aire, o era un auténtico fenómeno.

—¿No se advierten huellas de retorno?

—No. Raro, ¿verdad?

—Muy raro. ¿Podrán analizarlo?

—Lo intentaremos. Pero es muy difícil, porque la materia, al parecer, se volatiliza en seguida, al contacto con el aire. Los técnicos del laboratorio, en colaboración con Modern Scotland Yard, han logrado encerrar unas muestras fosforescentes en una campana de vacío. Esperan así evitar la evaporación rápida, antes del análisis. Que se verificará urgentemente en las próximas horas.

—¿Podrá enviarme el resultado de ese análisis, en un espaciograma a mi nombre, a la población ele Pantanos Grises?

—Por supuesto, Miller —el inspector de la SIP sonrió—. Pero yo creí que estaba de vacaciones, muchacho.

—Yo también. Se ve que los dos nos equivocábamos.

—No se puede negar que su labor en este caso es original y sorprendente, Miller. Desde Marte es testigo de un crimen en la Tierra, y nos avisa a nosotros, dirigiendo nuestras pesquisas. Al que en el pasado hubiera escrito algo así como factible, le hubieran considerado un buen chiflado, ¿no creé?

—Siempre ocurre igual. Lo imposible solamente lo es hasta que alguien demuestra que es posible, y lo hace —sonrió cansadamente Nelson—. Ahora permítame, inspector. Pero tengo algo muy urgente que hacer.

—¿Qué es ello? ¿Volver a la Tierra?

—No. Salir ahora mismo hacia los pantanos.

—Tendrá que esperar al nuevo día. Según mi horario universal, faltan todavía tres horas en Marte para amanecer.

—Tres horas pueden ser mucho tiempo. Muchísimo más del que hace falta para salvar una vida, inspector. Voy a aprovechar el tiempo. Y no me importa lo que digan las patrullas de policía de Marte. Saldré en seguida, les guste o no.

—Nelson, no cometa locuras. Creo que los pájaros de ahí son algo serio y muy peligroso, mientras dura la oscuridad nocturna.

—Esa muerte luminosa parece ser muchísimo más peligrosa para los que ataca.

—¿Teme que le ataque también a usted?

—No. Pero sí a una muchacha.

—¿Ada Kent?

—Eso es.

—Vamos, Miller. Ada Kent tiene a su prometido, que posiblemente sea ya su esposo, para protegerla.

Y no creo que en Marte haya peligro ahora. Es aquí donde actúa.

—No sé por qué, me parece que ese modo de matar, dejando un rastro de fósforo, es bastante viajero. Y lo mismo puede atacar ahí que aquí. Hoffman y Lindstrom han muerto. Ada Kent pudo haber seguido su misma suerte ya en Londres. No me gustaría saber que le ha ocurrido algo por descuido mío.

—¿Está enamorado? —sonrió maliciosamente el Inspector.

—¡No! —farfulló con irá Nelson—. Y no se olvide de

comunicarme el resultado del análisis, por favor. Adiós, inspector.

Colgó con cierta irritación. Luego contempló pensativo la noche de Marte, a través del ventanal de su habitación. Aún estaba oscuro. Phobos brillaba débilmente en el cielo.

La decisión estaba tomada. Salió de su alcoba apresuradamente, pero sin hacer ruido, Recogió sus cosas con rapidez, antes de cerrar tras de sí, dejando sobre la mesita del centro el dinero que importaba la pensión. Empezaba a parecer una costumbre en él aquello de abandonar precipitadamente sus alojamientos.

Subió la escalera hasta la azotea donde se alineaban los turboaeromóviles. Buscó el suyo con la vista. Se filtró entre todos los demás, alineados ante él, y llegó al que le pertenecía.

Miller estaba ansioso por regresar al lado de Ada.

Se acomodó ante el volante, puso en marcha los turborreactores, con precaución, para que el ruido no fuera tan estruendoso que pusiera alerta a las flotillas de vigilancia nocturna que patrullaban sobre Ciudad Marte.

Luego movió el resorte de marcha. El turborreactor partió rápidamente, como un proyectil, hacia la negrura del espacio. No podía elevarse mucho, y pronto dio con su «techo» o altura máxima. Entonces puso horizontal el vehículo, le imprimió la máxima aceleración y se movió hacia la dirección sudeste, rumbo a los pantanos.

En el acto descubrió a la patrulla policial de vigilancia nocturna.

Eran tres naves ligeras y de rápida maniobra, de fuselaje plateado, con el emblema de las Fuerzas Aéreas de Marte. Le avistaron, o captaron su presencia en el aire con su radar, iniciando un giro veloz para interceptarle. Se aproximaron muy rápidas a él.

Miller, como agente de la SIP, era un magnífico piloto, capaz de sacar partido incluso a, un viejo avión del siglo XX, en pugna con los modernísimos vehículos del espacio.

El turbo que conducía no era precisamente un portento de perfecciones ni de ligereza, mientras que las tres unidades de la patrulla policial eran auténticos delfines del aire, maniobrando con una agilidad impresionante.

A pesar de ello, les burló, con un viraje violentísimo en pleno vuelo, que regateó a los tres vehículos, dejándoles a un lado, como perplejos galgos ante el quiebro vertiginoso de una liebre astuta.

—¡Id a por ese loco! —aulló el jefe de la patrulla por los micrófonos de las naves aéreas—. ¡No debe salir de la ciudad, o perecerá! ¡Salidle al paso, mientras yo cubro la parte de atrás! ¡Le encerraremos en un cerco!

Nelson Miller, dentro de su turbomóvil, sonrió divertido. Por el rabillo del ojo advirtió la maniobra. Se echó a reír, imprimiendo la máxima velocidad al aparato. De pronto frenó en seco, y al mismo tiempo descendió a fondo.

La nave cayó como una piedra. Parecía que iba a estrellarse contra los altos y blancos edificios de la gran urbe marciana cuajada de luz. Arriba, muy por encima de él, casi chocaron entre si las aturdidas naves de la patrulla, totalmente desconcertadas por su acción temeraria.

Casi rozaba ya los edificios, cuando frenó la caída y apretó al impulsor de velocidad nuevamente. A ras de las más altas torres ciudadanas, partió como una flecha hacia el Sudeste, ahora libre de la flotilla que, muy alta y ligeramente desviada, pugnó ahora por rehacer su ruta.

—¿Se ha vuelto loco, forastero? Habló por el altavoz de su vehículo el jefe de la patrulla. —¿No sabe que está prohibido volar de noche fuera de la ciudad? ¡Le matarían las aves marcianas en pleno vuelo! ¡Baje inmediatamente y vuelva a aterrizar! ¡Es una orden de la policía!

—Lo siento, amigos —respondió fríamente Miller—. Si quieren cogerme, tendrán que darme alcance. No les será muy difícil hacerlo con sus naves.

—¡No haga tonterías! —chilló nuevamente el policía por el altavoz—. ¡Descienda! ¡No podemos seguirle fuera de la ciudad, o también pereceríamos nosotros! ¡Vamos, baje!

—Si no me pueden dar alcance, No es cuenta mía —dijo con ironía el joven—. Aún no he abandonado la ciudad. ¿Por qué no lo intentan?

Era evidente que la sensación de su propio ridículo ante el audaz y agilísimo piloto, les había desconcertado. Revolotearon los cohetes de la patrulla en busca suya, y se lanzaron en su seguimiento. Pero Miller, siempre con audaces piruetas y cabriolas, con violentos frenazos y vertiginosos impulsos, les burló una y otra vez, incansablemente, hasta que, ya muy cerca de los límites

urbanos con las desiertas y oscuras planicies de Marte, aceleró definitivamente, remontándose y volando por fin en el exterior de Ciudad Marte.

Había vencido a la patrulla, que se cuidó mucho de seguirle en su locura. Les vio regresar como una jauría derrotada. Sonrió, agitándoles la mano en gesto burlón. Comprendía que ellos eran funcionarios policiales, como él mismo. Que obraban rectamente, impidiendo peligrosas y suicidas infracciones de una ley prudente. Pero él no podía perder tiempo.

Tenía que arriesgarse, correr el albur de cualquier cosa. Precisamente porque también, por encima de su condición de ser humano, de su actual inhibición en las cuestiones oficiales, estaba su auténtico corazón de policía, su espíritu de hombre de la SIP.

Y, tal vez, la atracción extraña, profunda, que Ada Kent ejercía sobre él, desde el fugaz encuentro en la nave espacial.

Tenía que llegar cuanto antes a Talman Place. Tenía que ver a Ada, a los Talman… Advertirles a todos de lo que le podía suceder a Ada, si el misterioso asesino la localizaba, seguía sus pasos y volvía a descargar el golpe. Su extraño y alucinante golpe con aquella misteriosa e inexplicable muerte luminosa, que parecía matar sin dejar otro rastro que un fugaz reguero fosforescente, que pronto desaparecía también.

Pero, aun aprovechando la noche, aun corriendo el riesgo de topar con una bandada de agresivos y mortíferos pajarracos nocturnos de Marte… ¿llegaría a tiempo?

Se mordía los labios, conduciendo nerviosamente, a la máxima velocidad del turbomóvil corriente, incapaz de desarrollar el vuelo centelleante que hubiera querido imprimir Nelson Miller a su vehículo.

De repente, tuvo la sensación física de que un grave peligro le acechaba. Levantó la cabeza, tratando de penetrar en las tinieblas de la noche. Para ahuyentarlas mejor, encendió el faro delantero de su vehículo.

Estaba ya bastante lejos de Ciudad-Marte, apenas una mancha luminosa a sus espaldas, en la distancia sombría, triste y helada del planeta rojo.

Ante él, el faro reveló algo en el cielo. Formas oscuras y oscilantes… Un aleteo seco y estremecedor llegó hasta Nelson,

haciendo correr un escalofrío por su espina dorsal.

El peligro había surgido. Mucho antes de lo esperado.

Apretó los labios con coraje. Y también con la seguridad de que había cometido una auténtica locura tal vez irreparable, al aventurarse en aquel vuelo suicida, a través de la noche amenazadora de Marte.

Había buscado el peligro y lo había encontrado.

Delante tenía una bandada numerosa de pájaros gigantescos, de enormes alas, semejantes a las ratas voladoras terrestres, pero cien veces mayores, por lo menos. Animales así, de membranosas alas gigantescas y crujientes mandíbulas de acerados dientes solo los había visto en reconstrucciones de las aves antediluvianas sobre la Tierra.

Aleteaban, bañadas por la luz del faro. Luego se abalanzaron sobre el turbomóvil de Nelson, en furiosa escuadrilla destructora…

* * *

Ada Kent sonrió dulcemente, al recibir el beso del viejo Luth Talman. El afable anciano de blancos cabellos, sonrisa noble y rostro rugoso, parecía rejuvenecer cada vez que veía a Ada Kent.

—Bienvenida a Talman Place, hija mía —musitó, radiante—. Enhorabuena, sobrino. El gran momento ha llegado.

—Gracias, tío Luth —sonrió Ada—. Yo también soy muy feliz de estar aquí. Sver sabe, los grandes deseos que tenía de verles…, de estar a su lado, y ya para siempre…

—Sí, hija, lo sé —declaró Luth Talman con voz cordial. Se volvió a su hermana, Sybil Talman—. ¿Y tú, no dices nada a tu futura sobrina?

—Si, Ada. —Sybil Talman, severa y erguida, con su traje negro, su cabello canoso recogido atrás, y su aire de gran señora, distante del mundo que la rodeaba, se aproximó a la muchacha, y besó su frente—. Créeme que me alegra mucho verte, sobrina. Sólo me pregunto si no será demasiada dicha esperar que seas feliz aquí, en este mundo, tan diferente al nuestro, que ahora has dejado tú.

—Qué tonterías se te ocurren —farfulló Luth de mal humor—. ¿Es que no tienes palabras mejores para alentar a la muchacha, que pintarle las cosas del peor modo posible? Diablo de mujeres, todo lo

estropeáis. Por fortuna, Ada no es impresionable, y sabe que aquí está en su propia casa, entre los suyos, y con todos nosotros dispuestos a hacerla feliz.

—Claro, tío Luth —rió Ada—. Tía Sybil solamente se ocupaba de advertirme las cosas que extrañaré aquí, ¿no es cierto?

—Sí. —Suspiró la dama—. Eso es lo que hacía. Perdonad si no supe hacerlo bien. Voy a serviros algo de comer. Vendréis rendidos del viaje…

Salió de la estancia. Se quedaron solos los dos hombres y Ada Kent. Sver miró a su tío, interrogativo, y luego formuló una pregunta que le preocupaba:

—Oye, tío, ¿no ha venido el sacerdote para efectuar la ceremonia?

—No, Sver. El padre Lebosse se encuentra indispuesto, y no le ha sido posible desplazarse. Pero mañana mismo estará aquí, no temas. A primera hora de la mañana le tendremos con nosotros, y se celebrará la ceremonia.

Sver, frunciendo el ceño, cambió una mirada inquieta con Ada.

—¿Y hasta entonces? —interrogó, temeroso.

El viejo, soltó una leve carcajada, alegremente.

—No temas, hijo —declaró con jovialidad—. Sybil le tiene preparada ya la habitación a Ada para esta noche. Junto a la suya. Tú ocuparás la contigua a la mía, en el ala opuesta. ¿Todo resuelto?

—Sí —suspiró Sver, aliviado—. Piensas en todo, tío Luth.

—Si yo no pensara en esta casa, ¿quién lo haría? —rió Luth Talman alegremente. Contempló arrobado a la bonita pelirroja—. Tengo grandes deseos de veros casados, hija mía… Cuando seas la señora Talman, me sentiré el hombre más feliz del mundo…, del mundo marciano y del terrestre juntos, se entiende.

Completó su frase con una risotada, que Ada no tuvo más remedio que corear, divertida por sus ocurrencias. Se dijo que aquel ambiente era maravilloso. Talman Place era un lugar precioso y encantador, pese a la aridez propia de Marte, en torno a la edificación y las tierras acotadas por los colonos terrestres que, a fuerza de hábiles afanes, empezaba a producir frutos, plantas y alimentos adecuados a las condiciones climatológicas de Marte.

Casi había olvidado que en el aerocohete, un hombre intentó matarla días atrás, al abandonar la Tierra. Y que un agente de la SIP

temía por su vida.

Todo ello, en aquel lugar, tan distante, de cuanto parecía humano, en aquel rincón lejano del planeta Marte, parecía no existir siquiera. Era como haberlo soñado. Incluso el profesor Hoffman, muerto en tierra con aquel gesto de terror. Incluso el rastro luminoso que desapareció…

—Ah, por cierto, Ada —declaró Luth de pronto—. Tienes correo esperándote.

—¿Correo? ¿Yo? Se asombró ella.

—Sí. Al parecer, el profesor Hoffman, para quien trabajabas, ha querido ser el primero en enviar su felicitación. Y aquí la tienes…

Rebuscó en un mueble, y extrajo un abultado sobre, con el membrete del profesor Hoffman en un ángulo. La dirección, de sil puño y letra, era correcta.

Ada lo contempló, asombrada. Sver habló por ella a su tío:

—Hoffman ha muerto días atrás, ¿no lo sabías?

—¡Cielos, no! —Luth le contempló con ojillos atónitos—. ¿Es posible?

—Lo es, tío Luth —dijo Ada con lentitud—. La versión oficial es que murió de muerte natural, de un ataque cardíaco.

—¿Y… no es así? —preguntó Sver a su vez, intrigado.

—No. Le asesinaron… —contempló el sobre cerrado, abultadísimo—. Le mató algo que no deja rastro…, algo fosforescente y horrible. Y quizás en este sobre está la razón de su muerte. Por eso intentaron también matarme a mí…

—¡Ada! —estalló Sver, atónito—. ¿A ti? ¿Quién intentó matarte?

—Querida, ¿no te burlas de nosotros? —murmuró Luth, con ojos muy abiertos.

—No, tío Luth. Sería incapaz de ello. Creo que Hoffman temía algo, y debió de sacar copias de sus documentos. Me parece que lo que contiene el sobre son fotografías… —Rasgó el sobre valerosamente. De su interior surgieron cartulinas brillantes. Eran reproducciones fotográficas, nítidas fotocopias de escritos, que hizo deslizar ante sus asombrados ojos, seguida de cerca por Sver y por tío Luth.

—¿Qué, sobrina? ¿Hay algo ahí que explique por qué murió el profesor?

—Sí —asintió ella alzando la cabeza—. No sólo explica por

qué…, sino quién lo debió hacer, para evitar que le desenmascarasen por un grave delito. ¡Es preciso que avisemos a la SIP! ¡La Policía del Espacio tiene que saber lo que dicen estos documentos! ¡Son la prueba precisa!

—Aquí no tenemos medios de comunicar con nadie, sobrina —suspiró Luth—. Pero mañana podemos ir, después de la boda, a la población cercana. Allí nos será posible radiografiar a la Tierra.

—No será preciso llamar tan lejos —murmuró Ada, pensativa—. En Colonia Uno hay un hombre de la SIP, el agente especial Nelson Miller. A él le debo la vida…, y creo que se alegrará mucho de conocer estas pruebas. Confirman lo que él temía.

—No me habías contado nada de eso, Ada. —Manifestó gravemente Sver.

—No lo juzgué necesario, porque yo misma dudaba de que fuera cierto todo eso. Lo atribuía a un acto de demencia que igual pudo ejercerse contra otra persona. Sin embargo, era cierto. Intentaron asesinarme, Sver. Asesinarme, para que no llegara a recoger estas pruebas…

—Quizás pueden…, pueden intentarlo otra vez… —susurró Luth gravemente—. Esta noche será preciso que alguien vigile, por si acaso. Nos turnaremos tú y yo, sobrino.

—De acuerdo, tío Luth —asintió el joven, ceñudo—. ¿Creéis que aquí puede ser necesario todo eso? —se sorprendió Ada—. ¿No resultarán ridículas esas precauciones, en un lugar tan alejado de los sitios concurridos?

—Alejado o no, si el asesino sabe tu paradero en Marte, te buscará para salvar el pellejo —argumentó Luth Talman—. No se hable más, Ada. Vigilaremos…, y quiera Dios que estemos equivocados, y nada suceda.

CAPÍTULO VIII

LO QUE BRILLA… ¡Y MATA!

elson Mille supo que había sido un milagro lo que le salvó del mortal peligro surgido en el negro cielo de Marte.

Porque solamente un milagro pudo desviar a la bandada de siniestras y aleteantes aves de pesadilla, lanzadas sobre su turbómóvil, ya que su desesperada y veloz maniobra para eludirlas no hubiera sido suficiente.

Cierto que con ello las desorientó un poco. Su enorme serenidad, el inflexible dominio de los nervios que cualquier agente de la SIP tenía en todo momento, por grave que fuera éste, le sirvieron de algo. Eludió el choque de frente y pasó bajo sus corpachones negros, de grandes alas membranosas, terribles cabezas alargadas y poderosas mandíbulas.

Cuando esperaba que los reptiles voladores cargarían sobre él,

rectificando también su ruta, algo lea desvió la atención. Tal vez un ave lejana, enemigo secular de ellos. Acaso un olor, un rastro sutil de algo que odiaban, más que a uno de los metálicos caparazones de sus humanes invasores. Lo cierto es que, con un aleteo estremecedor, la bandada de reptiles se alejó en grupo, como una escuadrilla alucinante, por encima de su cabeza, en dirección a Ciudad Marte, despreciándole olímpicamente. Y perdonándole una vida que segundos antes valía un céntimo.

Miller respiró aliviado. Siguió su avance a través del negro cielo marciano en una noche que parecía no tener fin para su angustiado espíritu.

Llegaría a Pantanos Grises ya en pleno día. Y luego tenía que continuar hasta Talman Place. A estas horas, la SIP, en la Tierra, estaba ya lanzada sobre la pista de los crímenes luminosos.

Por lo menos, algo se había avanzado. Ya se sabía que no era muerte natural. Que había alguien capaz de matar sin dejar rastro de violencia. Miller se preguntaba cuál sería ese sistema. Y también por qué aquel rastro luminoso y siniestro, aquella luz verde, que parecía matar, era la huella del paso de la muerte. ¿Qué arma, qué poder, qué medio terrible de exterminio era aquél…, y quién lo manejaba a su antojo, aniquilando a los seres humanos que estorbaban a sus planes?

Antes de detenerse en Pantanos Grises, para saber si había noticias de la SIP, con el resultado del análisis, iría a Talman Place, a avisar a Ada y a los Talman. En las circunstancias actuales, solamente ellos podían proteger a la joven, si corría algún peligro.

Los turborreactores rugían de nuevo en la cola del vehículo. Imprimió toda su velocidad al mismo.

Cuando las primeras luces grisáceas y tristes del alba marciana asomaron ante él, por encima de las atormentadas montañas del planeta rojo, peladas en sus cumbres por los helados vientos que barrían su superficie brumosa en la noche, la distancia que le separaba de Pantanos Grises había reducido mucho.

Pero el débil y lejano astro solar se hallaría muy alto sobre aquel mundo extraño, de vastos páramos, mares grises y selvas de líquenes y de arbustos azulados, sin clorofila, cuando él arribase a su punto de destino…

* * *

El turbomóvil se posó suavemente en la meseta desértica, que los inhóspitos vientos marcianos barrerían con intensidad en las largas noches.

Miller se dijo que el lugar no era precisamente hermoso ni acogedor, aunque resultara indudablemente grandioso en su aridez. Talman Place, en medio de aquella desolación, era un oasis de arquitectura bella y esbelta, rodeado de verde vegetación y rojas plantas.

Pero al joven agente la hacienda le pareció tan desierta y carente de vida como el propio paraje donde estaba enclavada. Por un momento sintió miedo. Un terrible miedo de haber llegado tarde.

El turbio día de Marte lo teñía todo con sus amarillos lívidos. Nelson Miller salió del vehículo, caminando sabré la roja arena, que producía una polvareda bajo sus botas. El aire era respirable, quizás oxigenado por conductos de Talman Place.

Se aproximó a las cercas metálicas, con el nombre del lugar en letras grandes y brillantes. La puerta era electrónica y estaba cerrada. Miller sonrió. Un agente de la SIP siempre podía resolver eso. Se les dotaba de un electrodo de carga positiva o negativa, a su propia elección, para maniobrar en puertas o accesos así.

Probó con la carga positiva de su barra electrónica, extrayéndola del maletín de viaje que se llevara consigo en su precipitada salida de Ciudad Marte. No dio resultado. La negativa, en cambio, abrió la puerta, suave y silenciosamente.

Miller guardó la barra en su bolsillo. Tomó también un proyector magnético, que podía servirle para salvar cualquier otro obstáculo donde se hubiera utilizado energía electromagnética, y avanzó resueltamente a través de las tierras cultivadas de Talman Place.

Llegó a la rotonda que servía de entrada a la vivienda. Vaciló, preguntándose si debía de hacer aquello. Previamente, llamó a un zumbador eléctrico. Sonó dentro de la casa varias veces. Pero sin resultado. Nadie salió a atenderle.

Nelson Miller avanzó hasta la gran puerta de cristal blindado y cerraduras interiores. Probó la barra electrónica. Esta vez fue la

carga positiva la que accionó el resorte automático. Le fue franqueada la entrada.

La casa era acogedora, confortable y muy moderna, como su propio exterior. Uno, dentro de ella, podía hacerse la idea de que estaba aún en la Tierra, y no a cuarenta millones de millas de distancia. Los Talman habían querido sin duda arrancar de sí la convicción de que se hallaban en un planeta extraño, y todo recordaba los hogares habituales en el mundo de los hombres.

La recorrió de arriba abajo. Evidentemente, los Talman no tenían servidumbre. Los servidores-robot, o mecanismos automáticos de servicio, junto con la labor de una mujer, sin duda la tía de Sver Talman, bastaba dentro de la casa. Fuera, la tierra cultivada era obra de Sver y de su tío Luth, con toda seguridad.

Miller alcanzó un amplio patio posterior, con altas cercas infranqueables, que en su parte superior llevaban un cable de conducción electrónica para evitar posibles incursiones. Claro que los Talman no habían pensado que el intruso sería un día un agente de la SIP. Entonces no se hubieran molestado tanto.

Contempló el patio y su cobertizo metálico al fondo, con la indicación sobre la puerta: «Herramientas y material». Nelson suspiró. Tal vez había sido demasiado receloso al temer algo.

Si Ada se había casado, era lógico que se hallaran fuera de casa, celebrándolo. La idea le dolió, pero procuró no pensar en ello. Se dispuso a salir del edificio. Iría a la población más cercana. Seguramente se encontrarían allí. Y se reirían de sus temores, si los llegaran a conocer.

Salió del patio, regresando al interior de la casa. Se detuvo en el gabinete inmediato al patio y rebuscó un cigarrillo en sus bolsillos. Desde el muro, le miraban los retratos de Sver y de Ada, en marcos de brillante cristal. Procuró no mirar la belleza de la joven pelirroja. Era una visión torturante.

Encendió el cigarrillo, respiró hondo y se dispuso a cruzar la casa de nuevo en busca de la salida.

Entonces percibió aquel ruido. Era sigiloso, cercano. Cada vez más cercano.

Aguzó el oído, extrañado. Seguramente el viento producía aquel rumor en el páramo. Igual que un susurro.

Pero ¿qué otro ruido le recordaba éste? Creía haberlo oído antes

de ahora…

De pronto, se puso rígido. Era un susurro… igual al que percibiera por el televisófono, mientras el profesor Lindstrom agonizaba…

Sus ojos buscaron febrilmente el origen de aquel sonido. Lo descubrió. ¡Era detrás de la puerta…, procedente del patio posterior!

Nelson Miller pensó en alejarse de allí, en echar a correr… Sabía ya que el contacto, el cara a cara con «aquello» era mortífero sin remisión. Rebuscó en sus bolsillos y lanzó una maldición. Había olvidado su pistola de balas explosivas en el hotel de Ciudad Marte. ¡Estaba desarmado!

Era preciso huir… ¡huir a toda costa! Pero las piernas le pesaban como si tuvieran plomo, como si unas poderosas raíces le afincaran a tierra. Se estremeció con el rostro lleno de sudor.

Tenía que decidirse. Y decidirse cuanto antes… porque la puerta del patio estaba abriéndose…, ¡empezaba a ceder a la presión de «algo» o de alguien!

Miller, lívido, continuó allí. Ahora, cuando era absolutamente necesario buscar la salvación en la fuga, su interés era demasiado poderoso, su curiosidad demasiado grande. ¿Qué iba a entrar por allí ahora?

Cuando la puerta cedió unas pulgadas más, una luminosidad verdosa penetró en la sala.

Allí, la luz del día marciano no era muy fuerte.

Y en la penumbra, la fosforescencia de la puerta pareció intensa, fantasmal…, espeluznante.

Nelson Miller sintió que su rostro se bañaba en luz verde. La claridad creció de grado…, el susurro aumentó, ominoso…

Nelson Miller quería estar frente a frente con la muerte luminosa, saber qué era, qué aspecto tenía, cómo se administraba…

No cerró los ojos cuando lo vio. Pero un escalofrío de infinito horror sacudió su ser, paralizado ante aquel alucinante encuentro.

Ahora…, ¡ahora sabía cómo era la Muerte Fosforescente, lo que mataba y dejaba un rastro de luminosidad verde a su paso!

Pero ahora iba a morir. Y no podría revelar a nadie lo que estaban contemplando sus ojos dilatados y centelleantes…

* * *

—Es inútil —suspiró Ada Kent, tras un nuevo intento—. No está en Colonia Uno. Se ha marchado…

—Entonces, envía las pruebas a la SIP, en Washington —sugirió Sver—. Eso será mejor que andar buscando a ese joven en Marte. ¿Tanto interés tienes en que sea él quien se lleve la gloria del hallazgo?

—¿Yo? —Ada se encogió de hombros. Sentíase nerviosa, sin saber por qué—. ¡Qué tontería! Claro que me es igual uno que otro. Sólo que Miller fue compañero de viaje. Y me salvó de morir. Le debía un favor así. Ya que no está, lo enviaré a la SIP directamente.

—Será lo mejor. —Aprobó Luth Talman—. Secretos como ése que guardas tú, Ada, son secretos que queman. Podéis iros ya hacia casa, si no queréis perder más tiempo. Imagino que deseáis estar solos el mayor número de, horas posible. Sybil y yo iremos más tarde. Tenemos que comprar algunas cosas para el banquete de esta noche, feliz pareja.

Ada y Sver sonrieron, cogidos del brazo. Sybil farfulló, de mala gana:

—Es una cosa extraña ésa de que unos recién casados, en vez de estar a solas, arrullándose, se dediquen a buscar a un policía para enviarle unas pruebas. Por primera vez, doy la razón a mi hermano. Idos vosotros, hijos míos.

Sver asintió, Depositó las fotocopias en manos de su tío y señaló:

—Envíalas tú, tío Luth. Ada y yo nos vamos. ¡Hasta luego!

—Pero, Sver… —Comenzó Ada a protestar. Sin embargo, al no hacerla caso nadie, optó por callar y seguir dócilmente a su flamante marido, Sver Talman…

Poco después, el turbomóvil del joven partía vertiginosamente hacia los páramos. La pequeña y moderna población de Pantanos Grises quedó atrás.

—Bueno —suspiró Luth Talman, acercándose a una ventanilla del servicio postal con la Tierra—. Ahora, vamos a enviar esto urgentemente… Cuando la policía lo reciba, dejará de pesar la amenaza sobre Ada…

Sybil asintió, quedándose donde estaba.

—Termina pronto, hermano —le pidió—. Quiero recorrer un

poco la ciudad, antes de volver a la hacienda.

—Claro —rió Luth—. Hay que dejar a los enamorados que se digan cosas dulces, a solas…

* * *

No había solución. Ni la menor posibilidad de sobrevivir. Si Hoffman y Lindstrom habían muerto…, él también moriría.

Nelson Miller pensó, esto fugazmente, mientras contemplaba la aproximación lenta, inexorable, de aquello que producía la muerte y brillaba con su fantástico verde fosforescente… Cada vez más cerca de él, cada vez más inmediato…

Miller comprendió entonces muchas cesas. Lástima que llegaran tarde a su mente. Y lástima, también, que no supiera soslayarse a la extraña fascinación, la inmovilidad que «aquello» producía en sus miembros, como paralizándoles…

Ahora sabía que no era necesaria la violencia en absoluto. La sola presencia de la Muerte Fosforescente provocaba el *shock* cardíaco. No había herida, ni sangre, ni agresión feroz.

El no era cobarde, no sentía miedo a nada…, ni siquiera a lo que se estaba acercando a él.

A pesar de ello, le fallaría el corazón. Lo sabía, estaba seguro de ello. Sus latidos no eran ya normales, ciertamente.

Algo, en aquel monstruo luminoso, provocaba la muerte.

Porque el horror fosforescente era un ser vivo y espantoso.

Recordaba al «Iguana» amazónico, o a un extraño saurio de piel escamosa pero terriblemente brillante, despidiendo una vivida luz verde que fascinaba. No tenía patas, sino una especie de rodillos o membranas cilíndricas, que se deslizaban sorprendentemente por el suelo, dejando aquel reguero alucinante, de verdoso color fosforescente.

Jamás había visto Miller un animal así. Una mezcla de reptil y saurio, con una luz desconocida por completo. Despedía un hálito glacial, que penetraba en los huesos. Como el soplo mismo de la Muerte…

Nelson no oyó parar un turbomóvil en el exterior.

Simplemente, tenía todos sus sentidos concentrados en la asombrosa criatura, en el monstruo luminoso, cuyo tamaño no era

mayor que el de un caimán joven.

Le flaqueaban las piernas, paralizadas casi totalmente por la proximidad del asombroso ser, que provocaba aquella trágica alergia en los humanos. Miller sentíase cerca, angustiosa y fatalmente cerca de la muerte…

Entonces, de súbito, ocurrió de nuevo algo que parecía milagroso. El extraño animal reculó con un chirrido extraño entre sus mandíbulas. Empezó a desandar lo andado sin salirse sus rodillos de aquel rastro luminoso, pero avanzando ahora en dirección opuesta, de espaldas. Eso explicaba la falta de reguero de retorno. No producía jamás otras huellas. Volvía sobre sus propios pasos, fielmente.

Nelson sintió que el frío de la muerte se alejaba de él. El saurio-reptil retrocedía con gemidos extraños, como si algo le causara mucho daño. Miller observó la mirada de los ojos del monstruo, estrechos, cárdenos, en su lento recular.

Se ocultó tras la puerta del patio, desapareciendo en éste con un último sonido extraño. Nelson Miller, asombrado, se rehízo. Pasóse una mano por el rostro, bañado en sudor frío. No lo comprendía. No lograba saber aún por qué estaba vivo, por qué el reptil no le había causado la muerte como a otros…

Lo cierto es que se había marchado. Pero violenta, rabiosamente, como doliéndose de no haber podido matar de nuevo. Y si era así…, ¿por qué?

En aquel momento percibió el zumbido de algo en su bolsillo. Introdujo la mano y extrajo la pila magnética, que tomara por si encontraba obstáculos electromagnéticos.

Se había puesto en funcionamiento sola, lo cual no era difícil, ya que bastaba presionar el botón posterior, y eso en el bolsillo ocurría fácilmente, sin querer.

Frunció el ceño, con la vista fija en el rastro fosforescente. ¿Sería posible? ¿Acaso aquel simple accidente le salvó? ¿Era el monstruo luminoso contrario al magnetismo y éste le repelía violentamente?

Empezaba a creer que ésa era la explicación de todo, y se disponía a correr al patio, en seguimiento del monstruo…, cuando Ada Kent y Sver Talman penetraron en la sala impetuosamente.

Se quedaron mirándole con auténtico asombro. Ada lanzó primero una exclamación de Incredulidad…

—¿Eh? ¿Qué hace usted aquí? —rugió Sver, furioso—. ¿Quién le dio permiso para…?

De súbito, Ada lanzó un grito terrible, al descubrir el rastro luminoso en el suelo. Trémula, lo señaló a Sver.

—¡Mira! ¡Ése…, ése es el rastro luminoso que vi cuando la muerte de Hoffman! —Alzó un rostro pálido y atemorizado hacia Miller—. ¿Qué… qué significa esto? ¿Quién hizo ese surco fosforescente?

—El asesino —declaró lentamente Nelson—. Está ahí, en el patio. No sé cómo entró, pero está ahí. Es un reptil, un saurio luminoso como jamás vi. Con patas como rodillos… ¿Usted conoce esa especie, Sver?

—¡Cielos, sí! ¡Es el «lumexor», conocido también como «creepersal»! Un reptil poco común, que nace y vive en Marte cerca de los pantanos. Se hablaba de que era pura alucinación de la gente, pues muy pocos lo habían visto.

—Pues yo le vi. ¡Y va a creerme la SIP! Ese monstruo provoca un campo magnético especial, que provoca la parálisis sanguínea. De ahí proviene el fuerte colapso cardíaco que mata al afectado, con mayor contundencia que si le hincara sus dientes en el cuello.

—Entonces es cierto… —susurró Ada—. Mata sin violencias, sin rastro…

—Eso es. Pero es un crimen tan seguro como si destrozara a su víctima, ya que el asesino le azuza contra la persona a quien quiere matar, o le adiestra debidamente para que se acerque y provoque la muerte…

—Pero usted…, ¡usted se ha salvado! —gritó Sver—. ¿Cómo lo explica?

—Al parecer, un magnetismo opuesto al suyo provoca un contra campo, y la afecta de forma intensa, haciéndole huir —suspiró Miller, mostrando su pila magnética en funcionamiento—. Milagro, casualidad…, no sé. Pero me he salvado.

Sver corrió a la puerta del patio, decidido. Miller se unió a él, con la pila magnética en ristre, para protegerle. El rastro luminoso desaparecía por encima de la alta cerca, que había descendido y subido, reptando sobre sus poderosos rodillos.

—Todo se explica ahora, ¿eh? —comentó Nelson—. Puede llegar a cualquier parte.

—Sí, es un gran reptador a lo que veo —sombrío, Sver clavó sus ojos en Miller—. ¿Y qué va a hacer ahora? ¿Cree que va a poder capturar a ese monstruo y a otros que puede haber por ahí?

—No es tarea mía, señor Talman. La SIP y el Ejército se ocuparán de ello. Creo que, por lo menos, hay dos ejemplares amaestrados y dóciles, en poder del asesino. Uno actúa aquí, en Marte. El otro en la Tierra…

Sver, lentamente, regresó al gabinete. Ada, muy pálida, se había dejado caer en una butaca. Musitó, de pronto, como pensando algo que la torturaba:

—De no haberse metido usted en esta casa, Miller, el reptil nos hubiera atacado a Sver y a mí, ¿no cree?

—Sí. Creo que tenía la orden de atacar al primero que llegase. El asesino se figuraba que usted, Ada, llegaría primero.

—¡Dios mío! Otra vez contra mí…

—Eso parece —afirmó Sver—. Sólo así se explica la presencia del «lumexor» en casa. Pero ahora eres mi mujer. Te defenderé hasta el fin, Ada, querida…

—¡Oh!, ¿se casaron ya?

—Sí, amigo mío —asintió Ada con tono grave, clavando en él su profunda mirada—. Venimos da la población, donde nos hemos casado. Por cierto, Miller, hemos estado toda la mañana intentando comunicarnos con usted en Colonia Uno. No nos podíamos imaginar que estuviera aquí. Le quería enviar las pruebas que hallé en esta casa, aguardándome.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —se sorprendió Miller, mirándola con fijeza también.

—Las que Hoffman me envió, por si algo le ocurría. Tenía miedo, y pensando que el traidor de su Sociedad científica le atacaría, para apoderarse de las pruebas de su culpabilidad, hizo copias fotográficas que me envió por correo directo.

—¿Y esas fotocopias? ¿Qué ha hecho con ellas?

—Enviarlas a la SIP en la Tierra, Miller, al no responder usted —explicó Sver—. Mi tío Luth lo hizo cuando nosotros nos veníamos.

—Gracias a Dios. —Miller inclinó la cabeza, aliviado—. Una pregunta, señora Talman. Solamente una pregunta que me intriga: ¿Quién era ese traidor?

La respuesta de Ada Kent, ahora Ada Talman, fue un golpe

imprevisto para Nelson Miller:

—Era Nils Lindstrom, el sabio sueco, Miller…

CAPÍTULO IX

EL GRAN ERROR

indstrom! ¡El hombre que murió ante mis propios ojos, atacado por uno de esos monstruos luminosos!

—No exactamente eso, mi querido Miller —dijo la voz suave, bondadosa siempre, de Donald Callowan, a través del hilo telefónico. La imagen del jefe de la SIP se proyectaba en la pantalla, un poco velada por el abundante humo del buen cigarro con que Callowan estaba celebrando el triunfo en un nuevo y complicado caso, del que Ada Kent había sido, desde el principio, la clave—. Usted vio lo que Lindstrom quería que viese, como agente de la SIP e importante testigo, por lo tanto. Su informe sería decisivo. Y nosotros, luego, encontraríamos el cadáver de un hombre vestido como Lindstrom, de la contextura de Lindstrom…, pero que no era Lindstrom. Por eso el supuesto accidente del mueble metálico, que

aplastó el rostro para evitar la identificación. Lindstrom se había buscado un «doble» bastante similar, a quien sometió cruelmente a la prueba fatídica con su horrible reptil luminoso. Luego le aplastó el cráneo y rostro con el mueble, no sin antes interpretar en su honor aquella farsa, que él ya tenía dispuesta para otro miembro cualquiera de la SIP. Su espaciograma, advirtiéndole del peligro, desde Marte, le dio la idea. Ya tenía a su testigo especial. E interpretó el papel con una luz verdosa bien situada, que su compinche utilizó debidamente.

—¿Ilko Grozak era su compinche?

—Sí. Con Ilko Grozak, el famoso delincuente interplanetario, llevaba a cabo Lindstrom el tráfico ilegal de piedras preciosas y de minerales raros, que le estaban enriqueciendo, a costa de la Sociedad de «Los Cinco» y su personalidad fuera de toda sospecha. Pero Hoffman le había descubierto e iba a revelarlo. Por eso acabó con él. Luego, Lindstrom empezó a ver que las cosas no iban bien. La muerte natural de Hoffman no parecía ya tan natural a muchos. Ada Kent había visto el rastro luminoso, recordaba también los documentos desaparecidos… y es muy posible que Lindstrom descubriese que la cámara fotográfica del gabinete de Hoffman había funcionado, quizás haciendo fotocopias de los documentos comprometedores. Por todo ello planeó su juego del supuesto asesinato, del que él era víctima. Luego, con un cambio facial, a base de una operación de cirugía plástica, pasaría a vivir, cargado de millones, con nombre supuesto, en cualquier lugar de la Tierra, o en una Colonia planetaria —terminó cansadamente Callowan, dando una chupada a su cigarro.

—Así, Iko Grozak envió a su esbirro, para que liquidara en el aerocohete a Ada Kent, ¿no es eso? Suponían que ella podía llegar a saber demasiado, o a sospechar la verdad.

—Debió de ser así —refunfuñó Callowan—. Aunque eso, ni Grozak ni el propio Lindstrom, capturado ayer en su escondite de África del Norte, por nuestro servicio especial marroquí, lo quieren admitir y dicen que fue cosa personal de Spaak, parece ser la pura verdad. Si no, naturalmente, el atentado en el aerocohete, y el posterior envío de uno de esos horribles reptiles de los pantanos de Marte, a casa de los Talman, con la idea fija de acabar con Ada Kent, carecían de sentido por completo.

—¿Cómo obtuvieron ellos esos animales mortíferos?

—Grozak tiene amistades en todas partes. Y el tipo que murió en el espaciódromo, el tal Rodd Spaak, también. Grozak asegura que fue él quien adquirió el único ejemplar que poseían de esa especie. Y a quien, por cierto, hemos eliminado ya en su balsa, oculta en los sótanos de la vivienda de Lindstrom.

—¿Con cargas magnéticas de gran potencia?

—Diablo, claro está —gruñó Callowan, desde su despacho de Washington—. Usted nos dio el dato.

Y se utilizó bien. Ese animal tiene una poderosa fuerza, un fluido especial, al que resulta alérgico en alto grado el corazón humano, y también el riego sanguíneo. Ese fluido provoca una parálisis creciente, que al afectar al centro cardiaco, produce la muerte. Es un modo perfecto de asesinar a la gente, sin dejar rastros… Sería el crimen perfecto, si no fuese por el detalle del rastro luminoso de ese reptil, que aunque se evapora al contacto con el aire, no lo hace lo bastante aprisa para conseguir que exista, realmente, el crimen perfecto. Por fortuna para nosotros, para la Ley, y para los hombres honrados de todos los mundos habitados, muchacho.

—Eso sí, señor Callowan —sonrió Miller animoso—. La última palabra es siempre la de la Justicia. Dios nos ayuda siempre en ello…

—En fin, hijo. Espero que no me traigas más quebraderos de cabeza durante tus vacaciones. Tus espaciogramas, noticias e informes, me han traído loco estas últimas horas. Casi estuve a punto de privarme de mis queridos cigarros durante unas fechas. Pero, por fortuna, todo ha sido rápido. ¿Vas a disfrutar de tus vacaciones sin complicarme la vida con nuevos casos? Porque de lo contrario te las anulo. Diablos, yo creí que era paz lo que buscabas, no suevos líos.

—Los líos vienen a mí como atraídos por un imán, señor Callowan —rió Miller—. Pero no tema. Ahora seguiré mi viaje turístico. En Pantanos Grises, ya no me retiene nada. Ada Kent es la señora Talman, y supongo que eso lo deja todo resuelto.

—¿Te gustaba la chica, eh?

—Sí, señor Callowan. Pero pertenece a otro hombre. Eso no tiene remedio.

—Bueno, casi lo prefiero así. Según nuestro Reglamento, el

agente que se casa, causa baja automática en la SIP. No me hubiera gustado quedarme sin el agente Nelson Miller. Ya se pierden demasiados por esa causa, para tener uno menos, de los mejores.

—Gracias, señor. Eso es un consuelo, en cierto modo. Procuraré ser siempre el mismo. Hoy saldré de esta población. Volveré a Colonia Uno, y seguiré mi viaje de turismo, olvidándome de todo.

—Bien hecho. Además, piensa que esa tal Ada Kent ha heredado demasiado dinero. ¿Qué harías tú con los millones del profesor Hoffman, ahora en manos de esa chica? Los Talman, que siempre estuvieron habituados a tener dinero, aunque ahora estaban más arruinados que el mismo diablo, disfrutarán mejor esa fortuna, muchacho…

—Sí, claro, señor Callowan. Sabía ya lo de su herencia. Ella es la que aún lo ignora.

—¿Quién, Ada Kent? No lo creo. Le enviaron un espaciograma a Talman Place, el día mismo de saberse lo de la herencia. Cuando llegó allí, debía de estar el despacho esperándola para notificarle su buena suerte.

—Tal vez lo olvidaron. Me consta que ella lo ignora aún. Pero, en fin, eso carece de importancia. Lo realmente importante es que el dinero es suyo… y que ahora, ya tiene con quién compartirlo…

—Bueno, muchacho, hasta pronto entonces. ¿Has dado órdenes para cazar ahí al reptil luminoso amaestrado, que aún merodea sin haber sido hallado?

—Sí, no tema. Ya lo hice. Será cuestión de horas localizarle y destruirlo. —Se tocó el cinturón, sonriente—. Incluso yo me he provisto de un proyector de alto magnetismo concentrado para aniquilarle si me lo echo a la cara. Pero no creo que me esté reservada esa suerte.

—Lo mejor será, que te largues a disfrutar de tus vacaciones, diablo —masculló Callowan—. ¿Has oído? ¡Es una orden!

—Sí, señor. Un agente de la SIP siempre obedece —dijo respetuoso, cerrando la comunicación con Washington, desde Marte.

El caso estaba terminado. Donald Callowan, podría seguir saboreando sus aromáticos y queridos cigarros.

La Muerte Luminosa no era ya un misterio. Ni la razón de su diabólica aparición, tampoco.

* * *

Nelson Miller dispuso las cosas dentro de su turbomóvil.

Regresaría a Colonia Uno. Ahora apaciblemente, sin prisas. Ya no tenía que correr para salvar a nadie. Todo estaba resuelto y en paz. No había asesinos sueltos. No había más que un reptil fosforescente, amaestrado para matar, que caería de un momento a otro bajo la acción de las patrullas de la policía marciana.

En otro terreno, nada tenía que hacer allí. Ada Kent ya no corría peligro. Era rica, y tenía un esposo y unos parientes. Y un hogar. Incluso los Talman serían felices, con tanto dinero, si era cierto que su fortuna había sufrido un serio quebranto.

Puso en marcha el vehículo. Algunos retazos de las explicaciones que Callowan le había dado personalmente a través del hilo radiotelefónico, como reconocimiento a su labor por la SIP, aun en plenas vacaciones, le llegaron a la mente, como perdidos ecos. No comprendía por qué recordaba precisamente esos párrafos. Acaso porque eran los que más le habían chocado:

> «Ni Grozak ni Lindstrom admiten ser culpables de los atentados a Ada Kent… Dicen que fue cosa personal de Rodd Spaak… Aseguran que fue Spaak mismo quien adquirió esos reptiles… Pero ellos sólo tuvieron uno…».

Algo en todo eso le sonaba a raro. Lindstrom había admitido sus culpas en dos crímenes. También Grozak. ¿Por qué negaban haber atacado a Ada Kent?

Siguió conduciendo, la vista fija en la llanura polvorienta y roja de Marte. Nuevos retazos, como grabados en su mente, le golpearon el cerebro:

> «Ada Kent ha heredado demasiados millones… Se lo notificaron en un espaciograma, el mismo día de abrirse el testamento… Debía de estarle esperando cuando llegó… Los Talman manejarán bien ese

dinero… Siempre estuvieron acostumbrados a él, pero ahora estaban muy arruinados…».

Y como martilleo sordo, un eco repetido y repetido hasta la saciedad, en su bóveda craneana: «Dinero… Dinero… Arruinados… Dinero… Dinero… DINERO…».

¡DINERO!

Fue como un repentino y alucinante rayo de luz en su mente.

De súbito, todo ligaba. Las incongruencias, las frases de Callowan… los puntos aislados o incomprensibles… ¡Absolutamente; todo!

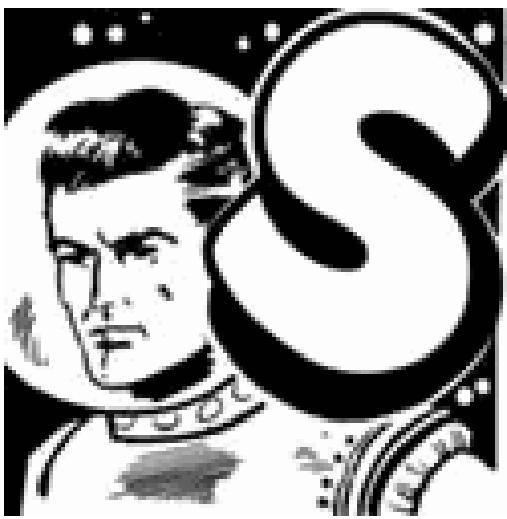
—¡Dios mío! —jadeó, inclinándose, muy pálido, sobre el volante —. ¿Será eso posible? ¡Qué error… qué gran error! Y si es así… Ya no llegaré a tiempo.

Dio un giro violento al volante del turbomóvil. El vehículo pegó un respingo se encabritó, bruscamente, y se lanzó en una nueva dirección.

Pero Miller sabía que ahora era ya demasiado tarde.

CAPÍTULO X

DEMASIADO TARDE



ver Talman se irguió ante Ada Kent. La estudió, con expresión helada.

—¿Por qué esta vida, Ada? —preguntó, ronca la voz—. Llevamos tres días de matrimonio. Y aún somos como dos extraños…

—Por favor, Sver —pidió ella suavemente—. Te rogué me concedieras cinco días para habituarme a Talman Place, a la vida de casada, a ti…

—¡Ada, tú me quieres! —rugió Sver, con brusquedad—. ¡Te has casado conmigo porque así lo convinimos! ¡Estás enamorada de mí, me lo dijiste muchas veces… aunque desde tu llegada a Marte no hayas vuelto a repetirlo!

—Sí, Sver. Por eso te pido serenidad, calma… Quiero estar segura. Plenamente segura de todo… sin precipitaciones ni errores.

—¡Calma! ¡Paciencia! Tengo mucha, Ada. Tú ocupas tu propia alcoba, distante de la mía. No hay calor de matrimonio en nuestra vida. ¿Por qué?

—No sé —ella se estremeció de pronto, mirando en torno—. Acaso sea esta casa, a la que todavía no me ha habituado…, acaso sea todo cuanto sucedió…

—O acaso sea ese hombre, Nelson Miller —cortó fríamente Talman—. ¿No es eso?

Ada se estremeció ligeramente. Inclino los ojos.

—Entre Miller y yo no hay nada. No existió nada. Además, soy la señora Talman. Tu mujer. Eso es irrevocable. Si te pido paciencia, es precisamente para no edificar nuestra vida en común sobre el recuerdo de algo que me repugnó o me pareció equivocado. Ahora, me voy habituando a ti, a todo esto… Por favor, terminemos el plazo que me diste.

—Es un absurdo. Y un disparate. ¡Soy tu marido! —La aferró bruscamente entre sus brazos, y la atrajo hacía sí—. ¡Tengo derecho a ser yo quien disponga las cosas!

La besó. Brutalmente, sin ternura. Ada, dolorida, retrocedió, desasiéndose. Le contempló decepcionada.

—No, Sver. Tienes derecho. Pero yo te había pedido calma. La rudeza no sirve para romper el hielo…

—¡Está bisa! ¡Haz lo que quieras, Ada! ¡Yo me voy a mi cuarto ahora! —rugió Sver—. ¡Mañana me marcharé de aquí para siempre, si tú no eres la esposa amante y cariñosa que esperaba de ti! ¡Es mi última palabra!

Salió, cerrando de un portazo. Ada, con un suspiro, se incorporó. Muy lentamente, se retiró también, Iba llorando, Hubiera querido estar segura de todo. Sobre todo, de sí misma, El error, si lo era, estaba cometido ya. Sólo deseaba evitar daños. Quería volver a amar a Sver… si es que alguna vez fue realmente amor, y no simple espejismo juvenil. Añora, al haberse cruzado otro hombre en su camino, había llegado la duda. Y era demasiado tarde para dudas. Demasiado tarde para todo.

Ya no era Ada Kent, sino Ada Talman… la esposa de Sver. Con amor o sin él.

Subió lentamente las escaleras, hacia la habitación que ocupaba, contigua a Sybil Talman. Fuera, en el atardecer del páramo

marciano, silbaba el irlo viento del planeta rojo, agitando sus arenas y su vegetación violácea o azul.

El grito terrible, desgarrador, le llegó casi en alas de ese viento. Fue un horripilante chillido de angustia, de dolor, de agonía humana…

Se quebró el silencio, la paz de la casa en el páramo, frente a los pantanos. Ada se volvió en redondo, descendió los escalones vertiginosamente, echando a correr hacia el ala de la casa donde se hallaba la alcoba del matrimonio, la que aún ocupaba, en solitario, Sver Talman.

Ada corría aterrada.

Arriba, alguien golpeaba una puerta recia, angustiosamente. La voz aguda de Sybil Talman chillaba:

—¡Abrid aquí! ¡Dejadme salir del cuarto! ¿Quién ha cerrado con llave?

El grito no se había repetido. Un silencio de muerte lo invadía todo, y Ada sintió miedo, auténtico terror. No se entretuvo en subir a abrirle a Sybil, Había reconocido a duras penas, en el inhumano grito, la voz de Sver, Acaso una vida dependía de su rapidez en acudir.

Llegó ante la puerta de la alcoba, la abrió de un empellón violento…

En el acto quiso retroceder, con un chillido espeluznante de horror. Pero no pudo.

La luz verdosa, fosforescente, la invadió, como fascinándola. Quiso huir. Pero el reptil, el saurio espantoso, de escamosa piel fosforescente, la había visto con sus ojos malignos. Se movió hacia ella, sobre sus rodillos.

En el fondo cíe la alcoba, yacía Talman. Sin vida. Petrificada en el rostro lívido, su postrera expresión. De horror, de angustia, de impotente furor ante el asesino luminoso. Encogido contra un mueble, vidriados los ojos por la Muerte…

Ada, fascinada por aquella luz hipnótica que fluía de la piel del extraño ser de la fauna marciana, no se movía. El rastro fosforescente marcaba el camino al monstruo, que avanzaba hacia atrás, pero girando la aplastada cabeza, que miraba a su segunda víctima con malignidad.

Un frío electrizante, paralizador, iba apoderándose de las bellas

piernas de Ada. Y el monstruo avanzaba… avanzaba… para matar…

Quiso pensar en Sver, muerto del mismo modo que moriría ella. No le fue posible. Su mente se concentró en otro rostro. Juvenil, risueño y fuerte…

Nelson. Nelson Miller, el hombre amado… Lo descubría ahora… Demasiado tarde…

* * *

Cuando el saurio luminoso se detuvo, con un chirrido, y empezó a pegar violentos coletazos sobre la superficie pulida del suelo, la distancia hasta Ada era muy corta, casi mortalmente corta…

Pero el animal mortífero no llegó a crear la parálisis final en Ada. Repentinamente, había empezado a colear, con aspecto agónico, a boquear horriblemente, a chirriar con sus mandíbulas y a restregar los espantosos rodillos, produciendo un susurro espeluznante.

De súbito, se quedó inmóvil con un último chirrido estremecedor. Se revolcó quedando boca arriba, Tan quieto, tan inerme como el propio Sver…

Ada sintió que el calor volvía a sus miembros. Giró la cabeza y le descubrió.

—¡Nelson! —Fue un grito terrible liberador—. ¡Nelson, tú…! ¡Oh, Dios, Dios mío, gracias…!

Sollozando, se arrojó en sus brazos fuertes y musculosos. Nelson guardó el tubo o pila magnética, con la que había fulminado al animal luminoso en el último momento.

Luego apretó a la muchacha contra él y la tranquilizó con suaves palabras:

—Vamos, ten calma, pequeña… Mucha calma y serenidad… Esto terminó… Sólo lamento haber llegado tarde para salvar a tu marido… creí al pobre Sver culpable de este horror… y veo que me equivoqué…

—¡Cielos, es espantoso! —exclamó alguien, a su espalda—. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Ada! ¡Señor Miller! ¿Y mi sobrino?

Oprimiendo contra sí a la sollozante muchacha, Nelson Miller, que aún se mantenía en el umbral del ventanal por donde entrara

para salvar tan oportunamente a Ada, se volvió lentamente hacia Luth Talman, el tío de Sver. El bondadoso anciano de blanco cabello y rostro rugoso parecía hondamente afectado. Estaba pálido y temblaban sus manos callosas.

—Su sobrino ha muerto, señor Talman —dijo fríamente—. Tal y como usted quería…

—¿Eh? —gritó Ada—. ¡Nelson! ¡Es tío Luth, un hombre muy bueno y…!

—Un hombre feroz y despiadado como pocos —rectificó Miller —. Cuando le veas morir en la Penitenciaría del Espacio, por sus crímenes, comprenderás la clase de hombre que era en realidad Luth Talman, el bondadoso y apacible anciano.

—¿Está usted loco, señor Miller? —preguntó, asombrado, el viejo Luth.

—No. Usted tenía que estarlo para creer que esto saldría bien. Primero, para evitar que su sobrino, al casarse y reclamar su fortuna, descubriera que usted, en la tutela, lo había dilapidado todo, quiso matar a Ada en el espaciódromo de Londres. Su buen amigo Spaak, a quien no vaciló en vender uno de los horribles monstruos que usted cazó en los pantanos y adiestró secretamente en su pabellón de herramientas del patio posterior, tampoco vaciló a su vez en ayudarle para matar a Ada. Pero la cosa salió mal, gracias a mí y al profesor Dmytrick. Luego, recibió usted el espaciograma que le revelaba la existencia de la fortuna de Hoffman, legada íntegra para Ada Kent.

—¿Yo… la fortuna de Hoffman? —musitó ella, asustada—. ¡Oh, no!

—Claro que es tuya, Ada. Pero el viejo Luth calló eso. No te dio el espaciograma. Un nuevo plan criminal surgió en su mente feroz. Matarte a ti. Así lo heredaba todo tu marido. Y luego, matar a Sver. O a ambos a la vez. De este modo toda la fortuna iba íntegra a él, diabólico y repulsivo anciano, capaz de todo por dinero… bajo esa apariencia noble y digna. Pero primero teníais que contraer matrimonio. Y esperó.

—¡No puedo creerlo, Miller! —susurró Ada—. ¡Es imposible que tío Luth!…

—¿Imposible? ¿Quién ha encerrado, entonces, a su hermana Sybil arriba para que no interviniese en los crímenes? ¿Quién

ordenó al amaestrado reptil luminoso que atacara al primer ser humano que entrara en la casa el día de vuestra boda y quién insistió en la población para que tú y Sver, ya casados, vinierais los primeros a casa…, para hallarse con la muerte terrible que yo, providencialmente, evité con mi intrusión? ¡Todo Luth Talman… el horrible asesino que dirigía a sus mortíferos monstruos luminosos, pacientemente adiestrados! ¡El que cedió a unos delincuentes su arma de matar, a buen precio, y sirvió para acabar con Hoffman! Pero nuestro error fue creer que a ti te quería matar la pandilla que acabó con Hoffman. Ellos eran inocentes del todo. Era Luth Talman, el genio perverso oculto, quien lo planeó todo. Y la coincidencia con el asunto de Hoffman le ayudó mucho…

—¿Cómo espera probar esas atrocidades? —rió Luth, burlón.

—Mostrando la balsa que su monstruo tenía en el pabellón de herramientas… y de muchas otras formas, Talman. ¡La SIP siempre envía al lugar merecido a los asesinos que combate! Y usted va a ir a… ¡Cuidado, Ada!

Al tiempo de gritar la apartó de la línea de tiro de un fuerte empellón, como ya hiciera en el espaciódromo londinense. Luth Talman, el anciano de aire benévolo y tierno, con el rostro convertido en una horrible máscara de furia y de odio bajo la blanca melena, empuñaba una pistola desintegrante, de proyectiles corrosivos con la que trataba de eliminarlos.

La rapidez en extraer un arma y dispararla era una enseñanza obligada en la Escuela Espacial de la SIP. Miller se anticipó al viejo en un segundo, acaso en menos.

Su disparo alcanzó al anciano en pleno brazo derecho. Se lo destrozó, con una explosión que le hizo revolcarse por tierra, aullando de dolor y sin arma alguna.

—No le mato, Talman —dijo fríamente Miller—. La Justicia hará lo que ha merecido por sus crímenes, no yo… Después de todo, es un anciano. En marcha ahora. Vamos, Ada. Le voy a entregar a la policía para que sea llevada a un hospital celular. Más tarde será juzgado y pagará sus delitos.

—Es horrible… Un hombre que parecía tan bondadoso… resultó un criminal sin piedad.

—Sí. Nos engañó a todos. Yo lo vi de repente, más bien por una corazonada, una intuición que no supe explicarme…

—Fue milagrosa, Nelson. Si no, yo hubiera muerto con Sver… justamente cuando acababa de descubrir que jamás podría amar a mi marido. De que tendría que vivir una, larga existencia a su lado… olvidando a otro hombre a quien realmente amaba.

—¡Ada! ¿Y ese hombre…?

Eres tú, sí… —Le miró intensamente—. Tú, Nelson…

—¡Dios bendito! —La atrajo hacia sí tiernamente—. Eso es maravilloso… Sólo que te has convertido en una millonaria. No me gustaría casarme con una mujer rica.

—Yo no quiero los millones de Hoffman —sonrió Ada, radiante —. Ese dinero irá a fundaciones y centros benéficos. No sería capaz de tener tanto dinero. Te prefiero a ti, Nelson. Seré la esposa de un bravo agente de la SIP a quien debo tres veces la vida…

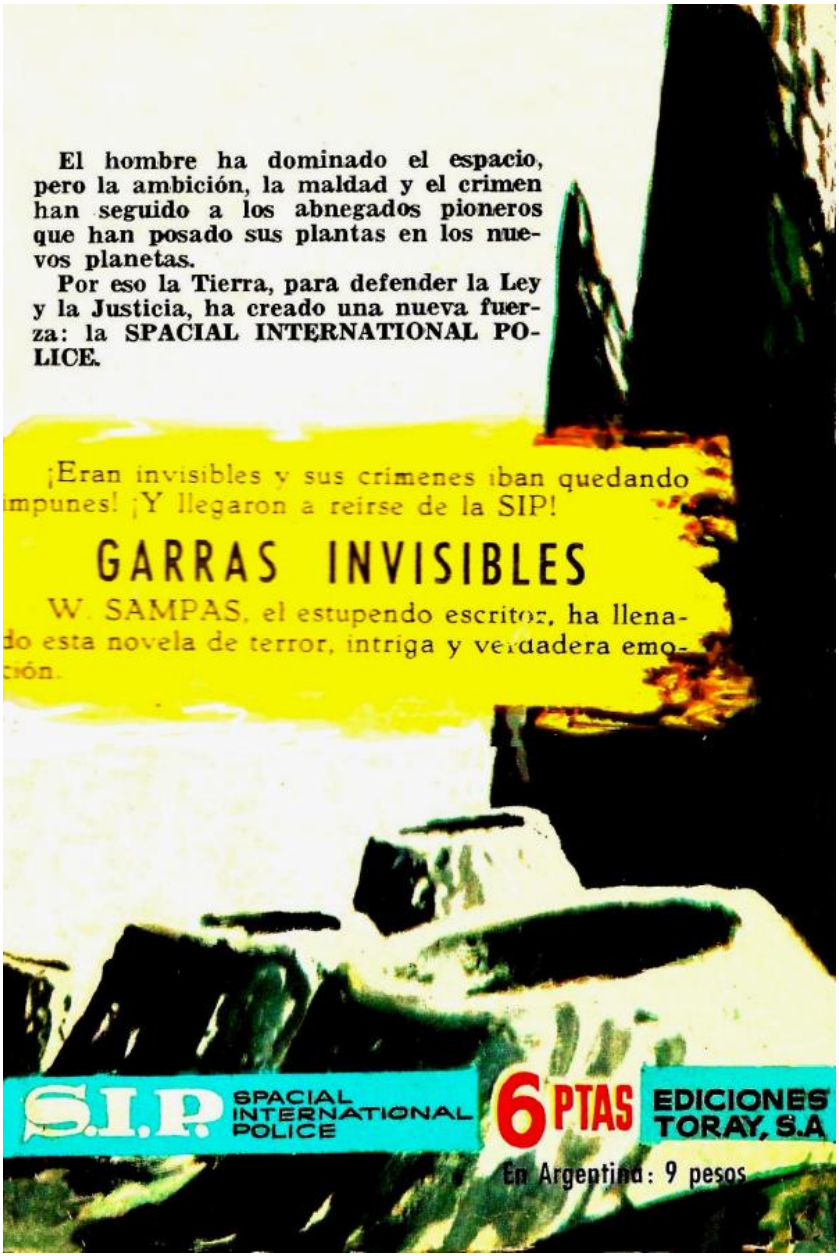
—No serás nada de eso. ¿Sabes que un agente de la SIP causa baja al casarse? Rió alegremente de pronto. —¡Verás lo que dirá Donald Callowan, nuestro jefe, cuando sepa las nuevas noticias! Y, sobre todo, cuando sepa que pierde a su agente Miller. ¡Estoy seguro de que es capaz de tragarse el puro que esté fumando!…

ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.


El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.
Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.
¡Eran invisibles y sus crímenes iban quedando impunes! ¡Y llegaron a reírse de la SIP!
GARRAS INVISIBLES
W. SAMPAS, el estupendo escritor, ha llenado esta novela de terror, intriga y verdadera emoción.
S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
6 PTAS
EDICIONES TORAY, S.A
En Argentina: 9 pesos